

La leyenda de Darwan

I: Ragnarok



La leyenda de Darwan I: Ragnarok

Iñaki Campomanes

Iñaki Campomanes.

2ª edición revisada y ampliada.

<https://laleyendadedarwan.es>

ISBN: 978-1497428843

Portada: Antonio Rodríguez Cano.

Una nota del autor.

Este trabajo iba a ser uno más de mis relatos cortos. Cuatro a diez páginas máximo. Pero un dibujo de un amigo pintor me llamó la atención. De algún modo conecté el dibujo (que forma parte de la carátula) con la parte final de mi historia, y el relato comenzó rápidamente a cambiar.

Actualmente este texto se ha convertido en la primera parte de una trilogía, con el título general "La leyenda de Darwan", siendo esta primera parte "Ragnarok", el nombre que en la mitología escandinava se conoce como el fin de los dioses. Este volumen dispone de dos capítulos adicionales frente a la versión original, y una revisión y corrección nuevas y completas del texto.

Agradecer a mi amigo y compañero Cano su diseño, que fue la base que inspiró esta obra.

Finalmente, esta trilogía forma parte de la "Saga Aesir - Vanir" que estará formada por quince libros y algunos relatos cortos que detallan los próximos 4.000 millones de años de la historia de la humanidad en la galaxia.

Barcelona, 23 de agosto de 2019.

Índice

| | |
|------------------------------------|-----|
| La enciclopedia..... | 10 |
| Arena y viento..... | 12 |
| El Descubrimiento..... | 25 |
| La decisión. | 35 |
| Solo humanos..... | 41 |
| Un puente entre mentes. | 46 |
| Introspección..... | 56 |
| La Gran Sala Blanca..... | 69 |
| La huida. | 80 |
| El origen de La Era del Caos. | 96 |
| La Primera Amenaza..... | 110 |
| Reencuentros..... | 115 |
| Heridas. | 127 |
| El General..... | 139 |
| Epílogo: Ragnarok..... | 159 |
| La llamada. | 161 |

La enciclopedia.

Quienes sólo vuelan con sus alas nunca podrán alcanzar el cielo (dicho popular LauKlar).

Enciclopedia Galáctica: las primeras especies de la Galaxia.

... Las investigaciones sobre el origen de la vida, y de la conciencia, son tan antiguas como la aparición de las primeras civilizaciones tecnológicamente inteligentes. Se calcula que la galaxia original que habitamos se creó cuando el universo contaba solamente unos novecientos millones de años desde la Última Reiteración. Las primeras estrellas de tipo I, básicamente de hidrógeno y helio, sin presencia de elementos pesados, eran en general gigantescas, y ello provocaba que la cantidad de supernovas fuera muy superior a la de épocas posteriores, con estrellas menos masivas conocidas como tipo II.

Estas primeras estrellas de tipo I produjeron, en el momento de convertirse en supernovas, una gran cantidad de elementos pesados, que permitieron la creación de estrellas con menor masa y mayor concentración de dichos elementos con peso superior al helio, así como planetas formados en muchos casos por estos elementos, los llamados "planetas rocosos". Gracias a la mayor duración

de estas estrellas de tipo II, y de planetas de tipo rocoso (cuyas capas exteriores están formadas especialmente por silicatos, agua, hierro, y carbono) se pudieron generar los primeros seres vivos, y, posteriormente, las primeras especies inteligentes.

Los datos arqueológicos presentados por distintas especies han demostrado signos de vida al poco de comenzar esta fase II estelar, y vida inteligente no mucho después. Puede de ello inferirse que los primeros mundos con vida inteligente aparecieron en la Galaxia cuando ésta contaba con aproximadamente mil millones de años. Desde entonces, muchas especies inteligentes han nacido, crecido, y perecido en la galaxia, hasta la actualidad. Actualmente, la galaxia, conocida simplemente con el nombre de Galaxia, en mayúsculas, resultado de la fusión de dos antiguas galaxias conocidas como Vía Láctea y Andrómeda, se encuentra conviviendo con miles de especies tecnológicamente avanzadas. De todas ellas, destacan los LauKlars ...

Arena y viento.

— ¡Es muy grande! ¡Mucho más que en las fotos!

— Sí que lo es. Y aún crecerá mucho más, puedes estar seguro.

— ¿Hasta dónde?

— Hasta que ocupe todo el cielo.

— ¿Podré verlo cuando sea mayor? — Kirak levantó las alas ondeándolas, un gesto que mostraba simpatía y diversión.

— No lo creo Nahr, al menos no mucho más grande de lo que es ahora. Tienen que pasar varios cientos más de años todavía. Pero en tiempo universal es un momento. — Nahr pareció entristecerse—. Vaya — dijo al fin—. Yo quería verlo explotar como un globo.

— ¿Cómo un globo? — rió Kirak—. Cuando llegue a su punto final volverá a empequeñecerse, y dejará un precioso y maravilloso halo de luz a su alrededor. Es el ciclo habitual en las estrellas de la llamada Secuencia Principal. Como la foto que te mostré el otro día ¿te acuerdas de la foto antigua, la de la nebulosa planetaria?

— ¡Ya lo creo! — exclamó Nahr recordando aquel halo de luz brillante, que en medio presentaba una pequeña estrella moribunda.

Mientras Nahr observaba asombrado la enorme estrella, que abarcaba una extensión que con el paso del tiempo había ido ocupando una parte cada vez mayor del cielo, alguien se acercó a él observándolo con interés.

—Es un chico muy curioso —comentó dirigiéndose a Kirak.

—Lo es, como lo era su madre... —Las palabras parecían pesar mientras salían de las comisuras de su afilado pico bicentenario.

—Sentí mucho su pérdida. Era una buena amiga y una gran colega. Sus trabajos de investigación eran sobresalientes. Y su templanza y determinación admirables.

—Sí, pero así son las cosas... —Contestó Kirak meditando—. Siempre hemos estado expuestos a estas cosas, y, cuando llegan de forma repentina, nunca puedes hacerte a la idea. Tras doscientos años juntos, era parte de mi vida. Pero te agradezco tu apoyo, Garrin. Siempre has estado ahí, ala con ala, volando juntos, en los buenos y en los malos momentos...

Garrin giró levemente el ala izquierda en un gesto que denotaba aprobación y gratitud, mostrando las suaves y onduladas plumas frontales. La antigua expresión “volando juntos” contenía un reconocimiento hacia alguien por haber sido de

ayuda de una forma especialmente importante. Pero en el caso de Garrin y Kirak, la frase tomaba un sentido completo. Habían trabajado juntos en los últimos ciento cincuenta años hasta descubrir el Planeta Original, aquel en el que los LauKlars se habían desarrollado, antes de emigrar para conquistar aquel cuadrante de la galaxia. Y habían volado juntos literalmente miles de kilómetros, realizando tareas de investigación en más de dos docenas de mundos.

El Planeta Original se había convertido en una leyenda en los últimos cincuenta mil años, y su interés por conocer su ubicación había ido creciendo con el tiempo. “Volaré hasta nuestra madre que nos vio nacer” era una expresión usada desde tiempos inmemoriales. Denotaba, entre otras cosas, el deseo por conocer el origen de su propia existencia, cuando en el devenir de los tiempos, muchos miles de años atrás, los LauKlars habían abandonado su planeta de origen por alguna causa hasta ahora desconocida, una causa cuyo motivo exacto se había perdido en el pasado. Redescubrir el mundo que dio origen a la especie, tras miles de años perdido, era un reto, y su consecución un éxito sin precedentes.

—Tú sabes que siempre podrás contar conmigo — afirmó Garrin mientras apoyaba el extremo de su ala en el suelo de forma plana. Ese gesto denotaba sinceridad y una muestra de camaradería—. No

somos solo colegas. Somos amigos. Hemos pasado por mucho. Blanrek y tú estuvisteis a mi lado cuando lo necesité, y es justo que esté a tu lado ahora.

Kirak se mantuvo un momento quieto, pensativo, mirando al suelo, como si un manantial de recuerdos pasasen por sus dos cerebros. Blanrek había sido una amiga y una compañera infatigable. Nunca cejó en su empeño de ir más allá de lo que otros habían ido para encontrar el Planeta Original, y gran parte del éxito se debía a su dedicación y a su acierto. Finalmente, levantó el pico y exclamó:

— ¡Nahr, vamos! ¡Tenemos que seguir recogiendo muestras! ¡Y dijiste que nos ayudarías! — Nahr aleteó las alas levemente y se elevó unos metros. Su juventud, sólo contaba con 58 años, le otorgaba un enorme vigor, pero incluso así se sentía sobrecogido por la experiencia que estaba viviendo.

— ¡Claro que lo dije, y lo haré! — contestó entusiasmado, mientras se elevaba a toda velocidad y caía luego posándose ágilmente.

Los tres alzaron el vuelo y se dirigieron al este en un vuelo rápido de exploración visual a media altura, registrando el área visualmente y con la ayuda de un sistema de escáneres integrados. Volaban sobre un área que había sido un océano inmenso, pero que ahora había quedado reducido a una serie de lagos pequeños. Lagos que en pocas

décadas, o en el mejor de los casos algunos siglos, habrían de secarse para siempre. La vida que antaño inundara ese paraje marino hacía mucho tiempo que había perecido, y los restos de la flora y fauna que muchos siglos atrás poblaban aquellas aguas podían encontrarse por doquier, a poco que un hábil excavador buscara con algo de tenacidad. Sólo algunas bacterias resistían aún en las pocas zonas húmedas que quedaban, adaptadas a ese medio ambiente demoledor de calor y viento. Para los LauKlars, de todas formas, aquel era un planeta muerto. No consideraban que la vida bacteriana en exclusiva otorgase a un planeta el estado de planeta con vida. Las bacterias aparecían siempre que había una mínima oportunidad en un planeta, y muchos planetas no pasaban de esa fase de vida microscópica antes de que, por causas diversas, desapareciese.

Tres años antes, Kirak, Nahr, Garrin, y otros doscientos mil LauKlars (literalmente, “los que ven el cielo”) llegaron al viejo planeta, que ellos llamaban el Planeta Original, en busca de su historia más remota. El mundo, antaño un vergel de vida, parecía para siempre, víctima de su estrella, convertida en una gigante roja.

No era la primera vez que ocurría. Desde el origen del universo, en los primeros planetas tras la formación de las galaxias, miles de millones de mundos habían florecido de vida, y muchos de ellos

habían sido luego destruidos, y su preciosa vida extinta, al convertirse su estrella en gigante roja. En otros casos, simplemente, por la explosión de una supernova cercana. Y en otros, por la acción de campos gravitatorios muy potentes provocados por estrellas de neutrones y agujeros negros. En otros, colisiones brutales de grandes cuerpos provocaban extinciones masivas, a veces con efectos devastadores. En otros casos, la tectónica del planeta era la responsable. Así pues, el caso del Planeta Original era uno entre millones.

Los LauKlars viajaban en enormes navíos espaciales, muchas veces intentando recoger especies casi extintas para transportarlas a otros planetas, darles una nueva oportunidad y permitir que ecosistemas viejos y casi extinguidos pudieran regenerarse. Era un trabajo entre los miles que desarrollaban, pero sin duda era uno de los que la vieja raza se sentía más orgullosa. También, si encontraban un planeta apto para la vida y para su morfología, podían colonizarlo y convertirlo en un nuevo hogar. Los navíos de exploración, como el Yusimat T-102 del que procedían Kirak, Nahr y Garrin, tenían una longitud de quince kilómetros por siete y medio de anchura y tres de profundidad. Otros navíos, los dedicados a transportar a colonos hacia nuevos planetas, llegaban a tener más de cien kilómetros, y eran en sí mismos mundos artificiales, capaces de albergar a millones de individuos.

Los LauKlars habían salvado a especies de todo tipo, incluyendo razas inteligentes en distintos estados de evolución tecnológica, pero incapaces de enfrentarse al reto de huir de un planeta moribundo. En general, estas especies eran recogidas en gigantescas naves espaciales de transporte masivo, con hasta trescientos kilómetros de longitud, y transportadas hasta planetas donde pudieran rehacer sus vidas.

Pero este caso era distinto. Este mundo era su mundo. Su planeta de origen. El lugar del que partió la especie. Encontrarlo parecía una quimera, algo básicamente imposible. Pero había muy pocas cosas que los LauKlars no pudieran conseguir si se lo proponían. Era una raza pacífica dedicada a la exploración y a la investigación, y que se hubiese extinguido de forma natural si no fuese por sus avances en ciencia. De hecho, los LauKlars eran estériles, y su alimentación se basaba en compuestos de hidratos de carbono, aminoácidos, proteínas, lípidos, agua, en soluciones que les permitían un desarrollo vital completo y sin carencias alimentarias. Todo ello generado en granjas hidropónicas mediante la creación de compuestos orgánicos artificiales. Ni un solo ser vivo era empleado en su alimentación natural. Para los LauKlars, la vida en sí misma era intocable. Se pudiese haber dicho que sagrada, si es que los

LauKlars hubiesen dispuesto de algún tipo de creencia religiosa. Pero no era así. Desde tiempos remotos, los LauKlars habían comprendido que el universo era un todo autocontenido, sin necesidad de dioses o héroes mitológicos de ningún tipo. Aunque ellos mismos seguían haciendo referencias a algunos mitos y ritos antiguos que habían quedado vivos en su lenguaje mental y escrito.

Mientras los tres LauKlars sobrevolaban los parajes secos del Planeta Original, Nahr, no carente de entusiasmo, pero algo aburrido por el paisaje que sobrevolaban, preguntó:

— ¿Es todo el rato así, tan desierto, tan árido?

— Lo es, —respondió Kirak mentalmente, mientras Garrin observaba la zona con atención, con el fin de detectar cualquier detalle interesante. Los cálidos rayos del sol rojo eran poderosos y no perdonaban, pero la protección invisible de energía que envolvía a Kirak, Nahr y Garrin les permitía moverse con libertad durante las horas suficientes como para llevar a cabo su trabajo.

Nahr fue el primero en darse cuenta de que algo brillaba a lo lejos. Pronto lo vieron también Kirak y Garrin. Eran los restos de una enorme estructura de acero y cristal, de una antigua civilización ya extinguida. Kirak exclamó:

—Observad: ahí está la cúpula que vimos desde el espacio.

—¡Yo la vi primero! —protestó Nahr. Kirak y Garrin se miraron con complicidad.

—De acuerdo, de acuerdo, Nahr —dijo Kirak—. A este descubrimiento le pondremos tu nombre. ¿Qué te parece?

—¡Genial! —exclamó Nahr.

—No importa la especie —susurró Garrin a Kirak—. Todos los jóvenes son iguales.

—Es cierto. Tiene el carácter de su madre.

—¡Eso no te lo voy a poner en duda! —respondió Garrin.

Mientras alteraban el vuelo para dirigirse a la parte superior de la estructura, sus sensores comenzaron a grabar datos de lo que estaban observando. Nahr estaba maravillado ante aquella obra de dimensiones megalíticas, que sin duda habría pertenecido a una sociedad muy avanzada, al menos en los aspectos referidos a arquitectura.

—¿Estos seres poblaron el planeta anteriormente? —preguntó Nahr interesado.

—Sí —contestó Garrin—. Por lo que han podido averiguar otros grupos en los días anteriores a nuestra llegada, eran una especie del planeta, con un nombre, tras la conversión a nuestra lengua, que podría denominarse como los Xarwen. Una raza

antropoide bípeda muy evolucionada de la familia de los saurópsidos, que estuvo a punto de descubrir la física del viaje hiperlumínico.

—¿Saurópsidos? —protestó Nahr—. ¡Nosotros también somos saurópsidos!

—Es cierto, al menos, en parte —contestó Kirak mientras Garrin exploraba la zona—. Pero su estructura, por lo que hemos podido averiguar, era muy diferente a la nuestra. La palabra que hemos encontrado más cercana es “reptil”. Y al parecer también hubo una especie muy antigua, cuando el planeta era bastante mucho más joven, que era similar, en cierto modo, a los reptiles y a nosotros, y que hubiese podido evolucionar hacia una forma inteligente. Pero, como ocurre tantas veces, un desastre natural lo evitó. Algunos sospechan que aquellos seres podrían tener una conexión con nuestros antepasados más remotos. De todas formas seguimos investigando.

Kirak miró a su alrededor mientras continuaba su explicación. Nahr estaba absorto en las explicaciones.

—Bien. Según los últimos datos que hemos obtenido en otras excavaciones, los Xarwen entendieron que, las que se suelen conocer como leyes de la naturaleza, no son sino derivadas de la estructura básica del universo, formadas durante lo que ellos llamaron el Nacimiento Primordial. Ellos

creían que ese Nacimiento era el que había dado lugar al origen del universo y a dichas leyes naturales. También creyeron que esas leyes universales, como tales derivadas del Nacimiento Primordial, pueden ser convenientemente alteradas con la tecnología adecuada. Entendieron que los valores de las constantes y masas que constituyen la materia y la energía tienen los valores que se corresponden a un universo determinado por una configuración concreta, pero que ese no es más que uno de entre billones de combinaciones posibles.

– Kirak – interrumpió Garrin – . Ven a ver esto.

– Ahora voy, enseguida – contestó Kirak.

– ¡Sigue, padre! – exigió Nahr.

– Bueno, bueno... Este paso, entender que nuestro universo es uno de entre muchos, y entenderlo desde un punto de vista científico, no metafísico, suelen darlo muchas civilizaciones inteligentes, pero los Xarwen habían comenzado a trabajar de forma práctica en el problema. Según parece, una parte de sus conocimientos los adquirieron de una civilización inteligente que existió anteriormente en el planeta, extinguida cuando ellos todavía no habían desarrollado capacidades intelectivas superiores. Pero los Xarwen no consiguieron culminar su sueño antes de perecer. Como ocurre tantas y tantas veces, la cumbre de su civilización fue el punto y final de su historia. El motivo final, es un misterio.

– ¿Vamos a averiguarlo, padre?

–Sin duda, con tu ayuda, joven descubridor.

–¡Hablo en serio! –Kirak continuó:

–Lo sé, Nahr, pero relájate. Este trabajo de investigación es por lo general lento. La paciencia es una virtud, recuérdalo.

–Sí, padre.

–Debes saber que este planeta ha tenido durante su historia a, al menos, una civilización tecnológica antes de la nuestra y de los Xarwen. La primera de ellas era muy, muy antigua, de aproximadamente cinco mil millones de años, y eran similares a los Xarwen en muchos aspectos, aunque muy distintos en otros. No eran saurópsidos, eso parece claro. Se llamaban así mismo “humanos”, y se catalogan dentro de un grupo extinto llamado “mamíferos”. Fue una especie bastante interesante en algunos aspectos, aunque sin duda no han pasado a la historia por sus méritos.

–¿Y esos humanos dónde están? –Garrin sonrió e intervino mientras su padre seguía investigando el área.

–Se extinguieron, Nahr. Desaparecieron. En un proceso que los paleocientíficos denominamos “muerte por tecnología”. Es un concepto simple: una civilización desarrolla tecnología, y esa tecnología les permite prosperar. Llegados a un punto, esa misma tecnología se convierte en la causa de su desaparición por falta de controles y evolución científica adecuada. Perecieron mucho antes de

encontrar otras civilizaciones y de desarrollar el reactor hiperlumínico. Desde el punto de vista paleocientífico, fueron un modelo clásico de fracaso evolutivo tecnológico. La tecnología es una herramienta poderosa, pero mal usada es una herramienta de extinción de primer nivel. Además, su modelo evolutivo les había llevado a creer en fantasías de dioses, y en una base religiosa y mística muy profunda. Con esos antecedentes, es muy difícil que una especie sobreviva y alcance las estrellas. Nosotros también sufrimos una fase mística, pero supimos avanzar y evolucionar de forma satisfactoria y alejarnos de esas ideas. No todas las especies lo consiguen.

Enciclopedia Galáctica: especie humana.

La especie humana se desarrolló en un planeta que ellos denominaron Tierra, hace aproximadamente cuatro mil a cuatro mil quinientos millones de años. Los vestigios que han quedado de esta especie son en su mayor parte indirectos, obtenidos a través de los restos Xarwen que aún se conservan en el planeta y en otras localizaciones del sistema solar. Al parecer fue una especie tecnológica de nivel uno, que consiguió el conocimiento de la estructura básica de la materia, pero no pudo comprender la cuestión básica primordial sobre lo que ellos llamaban "leyes de la física".

El Algoritmo de Inteligencia General clasifica a la especie humana en los niveles más bajos de inteligencia tecnológica, aunque se espera que nuevos datos puedan aportar una mejor visión y conocimiento de esta especie.

El Descubrimiento.

Mientras Garrin hablaba con Nahr sobre la arquitectura de la zona y sus características principales, Kirak revisaba sus instrumentos con creciente interés. Las lecturas del área indicaban ciertas anomalías que no podían cuadrar con los restos comunes de esa civilización. Algo estaba alterando los resultados.

—Kirak se dirigió a Garrin mostrándole un sensor que indicaba una extraña señal detectada:

—¿Qué te parece esto, Garrin? —Garrin se volvió y miró con creciente interés.

—Es muy interesante. Estas lecturas no aparecieron en los escáneres desde el espacio. Parece que existe un bloqueo limitado a esta zona, y los instrumentos no pueden realizar lecturas precisas. Creo que Deblar podría dar alguna información adicional sobre estos datos.

—¿Crees que es necesario molestarla por esto?

—Yo creo que sí. —Rápidamente Garrin activó el transmisor oculto en el interior de su oído.

—Deblar a la escucha —se oyó a través del comunicador. Garrin confirmó:

—Recibido. Sí... Hemos detectado un campo que solo es cuantificable a corta distancia. Por favor, revisa estos datos, no están dentro de los parámetros y creo que las lecturas pueden dar como resultado ser derivados de nucleótidos y cadenas de ADN/ARN, así como n-gramas de memoria proteínicas.

Se escuchó un largo silencio, y por fin Deblar contestó:

—Correcto —confirmó Deblar—. Según veo y verifica el bioescáner, os encontráis cerca de un sistema de biocomputadoras, diseñadas específicamente para la gestión de estructuras basadas en carbono, y diseñadas para almacenar registros de una especie. Concretamente pertenecen, con un 86% de probabilidad, a la especie conocida como seres humanos. Al menos es lo que se desprende de la lectura inicial. Recordad que tenemos muy pocos datos de esa especie. ¿De dónde habéis obtenido estas lecturas?

—En una antigua cúpula de los Xarwen. Las observamos desde el espacio, pero no habíamos hecho un registro todavía de la zona. Estas

estructuras están protegidas por un campo que amortigua los escáneres a cierta distancia — respondió Garrin—. Te mando las coordenadas ahora. Creo que podríamos investigarlo con más detalle.

—Estoy de acuerdo —contestó Deblar—. Voy para allá con un equipo.

Mientras hablaban, Kirak había estado triangulando la posición exacta de la lectura.

—Al parecer, toda el área está en un depósito energético autosostenido. Según veo, se ha conservado durante al menos tres mil millones de años, supongo que gracias a fuentes de energía que deben venir desde el mismo magma caliente del planeta.

—¡Aun así, es increíble que todavía esté activo! — exclamó Garrin—. Tres mil millones de años es una cifra impresionante.

—Sí lo es —confirmó Kirak— pero los Xarwen eran una civilización muy avanzada, no lo olvidemos. Debieron equipar el sistema con algún sistema autosellador y autorreparable, probablemente. Eran expertos en durabilidad. Estas mismas ruinas lo atestiguan. En todo caso, vamos a ir para allá. Deblar está de camino.

–¿Puedo ir yo con vosotros? –gritó Nahr entusiasmado.

–Está bien –contestó Kirak no muy convencido.
–Pero recuerda: al mínimo problema, te largas volando ¿ha quedado claro?

–Sí, muy claro –respondió Nahr sin creer demasiado en sus propias palabras.

Los tres partieron en un suave vuelo hacia la zona indicada por los instrumentos. La energía que desprendía el antiguo sistema de mantenimiento estaba modulada para ser captada solo bajo un patrón específico y rotatorio mediante un algoritmo pseudoaleatorio, pero los LauKlars habían superado ese tipo de estrategias de ocultación hacía miles de años. Los sistemas de detección más modernos podían detectar trazas de campos de energía y de gravedad de tamaños minúsculos, en el límite de la física, aunque trataran de ocultarse imitando patrones de radiación naturales. En ese caso no hizo falta; la señal era potente como para detectarla a varios cientos de metros con toda claridad. Sin embargo, era invisible desde una órbita estándar.

Llegaron a la zona y se posaron mientras observaban los alrededores. El área estaba convertida en herrumbre, pero la vieja cúpula aún se mantenía en pie, gracias a un sistema de energía similar al que estaban investigando, solo que en el caso de la

cúpula el campo no estaba codificado, y había sido detectado desde varios años luz de distancia. Probablemente el campo se había dispuesto para otros fines además del soporte de la cúpula, y nadie debió pensar que esa señal llevaría a la otra señal codificada. O quizás simplemente habían pasado miles de años entre los dos hechos. Difícilmente se podría saber nunca la verdad.

Pero no importaba. Al menos, no demasiado. Deblar llegó con el equipo de científicos que estaban estudiando los rastros obtenidos en la zona. Deblar había sido recientemente ascendida a Supervisora de nivel uno, algo que no ocurría desde hacía siglos. El nivel uno sólo estaba reservado para científicos de un nivel realmente excepcional. Teniendo en cuenta la aparente importancia del hallazgo que acababan de hacer, su experiencia y su capacidad eran sin duda muy necesarios. A veces la ciencia se encuentra con algo inesperado que permite dar un paso al frente donde no había ninguna esperanza. Pero lo inesperado ha de ser buscado, y en eso Deblar disponía de una amplia experiencia.

El grupo comenzó a moverse hacia la fuente de radiación, mientras Kirak ordenó mentalmente a Nahr que esperase en esa zona hasta que se hubiese despejado cualquier potencial peligro que pudiera haber. Nahr parecía dispuesto a negarse, pero su

padre había sido taxativo, y cuando su padre era taxativo era mejor obedecer.

Un campo de radiación disimulado y oculto durante miles de años podría guardar muchas sorpresas, ser extremadamente inestable, e incluir trampas para los curiosos. Deblar era un experto en este tipo de situaciones, por lo que sería la primera en atravesar la zona.

Entraron por un pasillo estrecho que casi no les permitía moverse y que evidentemente había sido creado para seres mucho más pequeños que ellos. Sus diez metros de envergadura no se adaptaban bien a áreas cerradas, creadas para seres de dos metros de altura. Claro que para aquellos seres ese pequeño pasillo sería una entrada principal de tamaño considerable. Como ocurre tantas veces, todo depende del punto de vista del observador.

Tras el pasillo, llegaron a una sala subterránea de grandes dimensiones, y comprobaron que el campo de emisión se encontraba justo en medio, sobre lo que parecía una mesa de control. La sala había estado sellada al vacío durante millones de años, y protegida de la luz y cualquier tipo de influencia externa. De hecho, incluso en esas condiciones tan extremas, era sorprendente que toda aquella estructura se mantuviese en pie. Los Xarwen habían llevado a cabo una obra de ingeniería de altísimo

nivel, que ni la tectónica de placas había conseguido destruir.

Colocaron varios focos que al momento iluminaron la cámara casi en su totalidad. Mientras, Deblar comenzó a operar en la vieja mesa de control. Las mentes de los LauKlars eran capaces de introducirse en un sistema bioinformático y comprender su funcionalidad básica en base a las estructuras proteínicas encontradas en su sistema operativo. Las biocomputadoras eran la cumbre tecnológica de muchas especies, y los LauKlars habían comprendido hacía tiempo que, de un modo u otro, la búsqueda de la mejor solución terminaba en soluciones tecnológicas similares en la mayoría de civilizaciones avanzadas, algo similar a la convergencia evolutiva de las especies. Deblar comentó lo que estaba observando.

—Es un sistema informático molecular clásico basado en modelos proteínicos y estructuras de ARN artificiales, que contiene toda la información de procesos y datos. Codificadas en estas moléculas está la información que buscamos.

—¿Podrás obtener la información? —preguntó Kirak.

—Sí, están parcialmente degradados, pero el sistema es redundante en cinco niveles, y puedo obtener los datos sin problemas. He conectado el

sistema con nuestra biocomputadora, que está trazando la funcionalidad del sistema operativo. Es bastante avanzado sin duda. Hicieron un buen trabajo aquí. Ah, ya comienza a leer la información... Sí, interesante... Sí...

—¿Qué lecturas estás obteniendo? —preguntó esta vez Garrin.

—Básicamente son moléculas de ADN y ARN, modelos proteínicos diversos, y n-gramas de memoria de un cerebro de nivel básico con capacidad deductiva perteneciente a un mamífero... Y corresponden... Sí... Exactamente, corresponden a la especie humana en su fase final, poco antes de su extinción. Sin embargo, estas muestras están prácticamente intactas.

Se hizo el silencio entre todos los presentes. Ni siquiera sus mentes hablaron durante unos segundos. Finalmente, Kirak rompió el silencio.

—¿Y qué está haciendo una base de datos humana en un ordenador de los Xarwen? Deblar reflexionó un instante.

—No lo sé. No me lo explico —contestó al fin Deblar mientras observaba fijamente los datos—. Es evidente que estos datos fueron almacenados aquí para ser conservados durante muchísimo tiempo, y lo han conseguido. Kirak, este descubrimiento podría demostrar un trabajo de investigación de los Xarwen de la especie conocida como humanidad. Tenemos muchos datos de los Xarwen, que hemos ido recogiendo estas semanas de distintas fuentes, pero

como sabes la humanidad sigue estando rodeada en gran parte de misterio. Sabemos que se extinguió, y sabemos que fue la primera especie tecnológica de la Tierra. Pero estos datos son revolucionarios por dos motivos: porque contienen información muy detallada de especímenes humanos, y porque dejan claro que los Xarwen, de alguna manera, habían encontrado la forma de obtener información muy elaborada de una especie extinta. E incluso de sus programas de memoria. No solo tenemos a seres humanos almacenados en esta biocomputadora Xarwen; también tenemos sus mentes.

Deblar dio unas instrucciones mentales a su equipo, y comenzaron rápidamente a extraer toda la información de la base de datos de los Xarwen en sus propios sistemas. Deblar mientras tanto se dirigió verbalmente a Kirak, que lo miraba con estupor. Este descubrimiento podría ser el más importante de la ciencia LauKlar en los últimos miles de años...

Enciclopedia Galáctica: especie Xarwen.

Los Xarwen fueron una raza de ingenieros y arquitectos superior a casi cualquier otra conocida en la galaxia. Sus instrumentos y sus diseños no solo han resistido el paso del tiempo de forma asombrosa, sino que se han adaptado automáticamente a todas las circunstancias del planeta para seguir existiendo en

perfectas condiciones, mucho después de que la propia especie Xarwen desapareciera. El mecanismo exacto para conseguirlo es desconocido...

...Aunque se conocen muchos datos de esta especie, sigue sin comprenderse por qué no llegaron a desarrollar el reactor hiperlumínico, que les hubiese permitido salir del sistema solar y comenzar a poblar la galaxia. Otras fuentes sin embargo indican que sí desarrollaron esta tecnología, pero que desaparecieron sin dejar rastro por razones desconocidas...

...Los Xarwen diseñaron biodispositivos y biocomputadoras basados en proteínas y ARN/ADN que supusieron una revolución nunca antes vista en la historia de las especies de la galaxia. Otras especies han desarrollado tecnologías similares, pero ninguna de una eficacia tan asombrosa...

La decisión.

—Kirak, vas a tener que darme permiso. Tú eres el jefe de la expedición.

—No puedo creer lo que estás pensando — reflexionó Kirak mentalmente, leyendo perfectamente la idea que se formaba en la mente de Deblar.

—Es el único modo de acceder y obtener toda la información de estas biocomputadoras.

—Pero sabes que nuestro programa no incluye este tipo de cosas, y que no es conveniente. Somos investigadores, somos arqueólogos. Investigamos el pasado, no nos mezclamos con él. Ellos tuvieron su oportunidad. Su momento. Forman parte de la historia remota del planeta.

—Lo sé —contestó Deblar alzando la vista y moviendo las alas lentamente—. Pero este descubrimiento es excepcional. Puede abrir nuevas fronteras en la investigación de los Xarwen. Se cree en general que no desarrollaron el motor hiperlumínico, pero, ¿cómo consiguieron la secuenciación, no solo de ADN humano, sino también de sus n-gramas de memoria? Esto no tiene ningún sentido —susurró Deblar mentalmente mientras levantaba y bajaba las alas lentamente, en un claro signo de confusión.

—¿Es necesario que lo tenga?

—El qué? —preguntó Deblar saliendo de una especie de trance.

—Sentido. ¿Es necesario realmente que tenga sentido todo esto?

—¿Qué quieres decir, Kirak? Somos científicos. Tú lo has dicho. Todo ha de tener sentido.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Kirak mientras alzaba las alas—. Somos arqueólogos, y somos paleocientíficos. Investigamos el pasado tecnológico y científico de culturas extinguidas. No es una ciencia exacta. Siempre va a haber huecos. Siempre van a existir dudas. Pretender conocer la realidad en su totalidad es simplemente imposible, no podríamos ni en cien mil años de investigación cubrir el cien por cien del conocimiento del pasado que investigamos. ¿Y ahora vienes con esto? ¿Traer a nuestro tiempo a especímenes que tuvieron su tiempo, su oportunidad, su momento? Ellos murieron, y quedaron inscritos en la historia como vestigios de un pasado remoto. Que alguien o algo determinara obtener su ADN y sus n-gramas de memoria para almacenarlos no es algo de nuestra competencia, ni debe ser motivo para ninguna insensatez. Podemos y debemos investigar qué hacen en las biocomputadoras Xarwen, pero debemos preguntar a los restos que tenemos ante nosotros, no a ellos directamente. Ellos forman parte de la historia. No pueden convertirse en un elemento propio de dicha historia.

–Son veintisiete, si quieres saber el número – comentó Deblar con determinación.

–Veintisiete, diecisiete, siete, tres, uno... Uno sería suficiente para dejar este tema como está.

–Kirak, la única forma segura de encontrar una respuesta a este enigma está escrito, precisamente, en los n-gramas de memoria de esta base de datos. Pero los n-gramas solo pueden ser interpretados por el cerebro que los ha creado. Necesitamos esos cerebros. Y a esos humanos. Con ellos de vuelta, podremos preguntarles directamente cualquier cosa. ¿No te das cuenta? ¡Serán fuentes de información de primera mano! ¡Traeremos la historia antigua a nuestra época gracias a sus mentes regeneradas, y podremos aprender de ellos todo lo que ahora sólo podemos especular!

–¿No puedes regenerar las estructuras mentales simplemente, y cargar los n-gramas para leerlos directamente? En una de nuestras biocomputadoras podrías recrear algunos de esos cerebros de forma virtual, y tratar de leer sus mentes.

–Podría, pero llevaría al menos cinco años de trabajo. Y sin una garantía de éxito. Esos cerebros eran primitivos, no conocemos su estructura exacta, su neocórtex era bastante distinto al de nuestros cerebros. Son demasiadas variables desconocidas.

–Cinco años es mejor que regenerar a esos individuos – afirmó Kirak tajantemente.

—Sí, pero no sabemos con seguridad qué estabilidad restante le queda al Sol. Sabes que en un proceso normal el Sol se expandirá lentamente durante varios milenios, pero también podría ocurrir que en cuestión de días pudiese expandirse de forma violenta y destruir lo que queda de la Tierra. En ese caso perderíamos todo el material que aún se encuentra en el planeta. Y puede haber muchos secretos por descubrir... Además, se trata de nuestros antepasados.

—No son nuestros antepasados —respondió Kirak con desagrado—. Nosotros no fuimos perfectos, pero nunca llegamos a los extremos de especies como la humana, que se perdieron por su afán de crecimiento ilimitado sin contar con que los recursos y los medios crecieran de forma armónica con ellos. Por no hablar de las obsesiones místicas de este tipo de razas. Nosotros tuvimos un desarrollo más lento, pero nos ha permitido expandirnos por la galaxia y convivir con miles de especies, tecnológicas o no.

—En todo caso —siguió hablando Deblar sin prestarle atención a Kirak— debemos centrarnos en el ahora. Y ahora tenemos una oportunidad de conocer lo que podría ser un descubrimiento de un nivel que modificaría la ciencia de la paleotecnología para siempre.

Kirak, finalmente y como era de esperar, cedió. Era el jefe de la expedición, pero Deblar era una autoridad en la materia, y oponerse a ella demasiado

podía traerle complicaciones. Además, veintisiete individuos primitivos y controlados no parecían representar un peligro. Al fin y al cabo, eran veintisiete individuos de una especie primitiva, que estaría aislada en un mundo incomprensible para ellos. Dependerían en todo y para todo de los LauKlars. Y quizás incluso podrían conocer secretos que, de otro modo, quedarían enterrados para siempre.

Sí. Definitivamente, recrear seres humanos parecía una oportunidad única de explorar el pasado lejano del Planeta original, o de la Tierra como la llamaban ellos, de forma directa y con testigos de aquella época. Además, Deblar lo terminaría consiguiendo, con o sin su permiso.

Enciclopedia Galáctica: gigantes rojas.

... La secuencia principal, en la que se hallan la mayoría de las estrellas, alcanzan tamaños muy superiores a aquellos en los que desarrollan la mayor parte de su ciclo estelar, y esto conlleva cambios drásticos en todo el sistema de cuerpos celestes en su órbita, especialmente en los planetas. Klaye Narrekum fue quien determinó con precisión el primer modelo físico-matemático que permitiría conocer el ciclo completo de una gigante roja, y cómo calcular el proceso de transformación hasta convertirse en enana blanca...

En los últimos dos mil millones de años se ha incrementado el número de gigantes rojas y de enanas blancas, fruto del consumo final de muchas estrellas de la secuencia principal de la Galaxia. El ritmo de creación de nuevas estrellas ha bajado de forma cada vez más pronunciada, lo que está creando una Galaxia con menos estrellas en su fase principal. Se calcula que el ritmo de creación de estrellas actual es de aproximadamente el 5% de los primeros dos mil millones de años del universo, cuando se dio la mayor producción de estrellas masivas basadas en hidrógeno y helio y que, en su conversión como supernovas, crearon el resto de compuestos que pueblan muchas estrellas y planetas actuales, así como la creación de vida basada en el carbono...

Solo humanos.

Tres semanas más tarde, la secuenciación de los nucleótidos humanos estaba acabada, y la generación de los individuos había dado comienzo. Eran trece machos y catorce hembras, sin ninguna característica especial en ninguno de ellos. Todos los n-gramas de memoria estaban intactos, y fueron reinsertados y convertidos en proteínas de memoria. Para su comodidad, se les alojó en un entorno habitable grande y cómodo, donde pudieran realizar sus actividades cotidianas, fueran estas las que fueran. Se sabía que sus cerebros sólo permitían la comunicación vocal, por lo que no se instalaron escáneres mentales. Además, calibrarlos hubiese llevado quizás demasiado tiempo para esas mentes tan primitivas.

Finalmente, los veintisiete seres humanos fueron sacados de éxtasis, una vez terminado su desarrollo embrionario acelerado, convertidos en adultos, y sus mentes activadas. Varias docenas de científicos LauKlars, y de otras especies, observaron el proceso: la vuelta a la vida de una especie inteligente perdida en el tiempo. Unos seres primitivos y sin ninguna característica especial, más allá de que, en el interior de sus cerebros, se encontrasen los recuerdos almacenados de una época que hacía millones de años había dejado de existir, cuando la Tierra, como

ellos la llamaban, sólo contaba la mitad del tiempo actual, y cuando los LauKlars no habían comenzado todavía su desarrollo evolutivo desde aves inferiores.

Las actitudes de aquellos humanos, sin embargo, no eran acordes con lo que esperaban, o, al menos, no eran las predecibles para una especie bípeda mamífera de sus características fisiológicas y mentales. Estaban encerrados en su espacio, sin una interacción con el exterior, y habían comenzado a tratar de buscar salidas. Hablaban entre ellos acaloradamente y era evidente que su estado era cada vez más agitado. Sus actitudes no concordaban con las simulaciones que se habían realizado de sus modelos de comportamiento. Golpeaban las paredes con fuerza. Un LauKlar en esa situación se habría acomodado en un lado y habría dejado pasar el tiempo, tomando los nutrientes y el agua a los que tenían acceso. Pero esos humanos no parecían conformarse. Algo debía hacerse. Y debía hacerse pronto.

Deblar, junto con Kirak y su ayudante Garrin, decidieron que había llegado el momento de comunicarse con esos individuos, esos “mamíferos” primitivos. Si es que esa comunicación era realmente factible. Aunque ciertamente primitivos, los humanos eran seres inteligentes, aunque a una escala limitada, y tenían por lo tanto derecho a conocer su estado, según las normas y leyes de los LauKlars,

que especificaban claramente el respeto a toda vida sensible. Claro que esas leyes siempre se habían referido a otros seres inteligentes de la misma Era, no a unos seres de al menos tres mil millones de años de antigüedad.

La gran compuerta principal donde se alojaban los humanos se abrió, y aquellos mamíferos primitivos pudieron contemplar, por primera vez, a un LauKlar, del mismo modo que un LauKlar contemplaba, por primera vez y directamente, a un ser humano. Dos especies separadas por un océano de tiempo, cada uno dominador del planeta en su propia época, se encontraban frente a frente por primera vez. O esa era la presunción al menos.

Enciclopedia Galáctica: la comunicación interespecies.

La Galaxia está poblada por varios miles de especies inteligentes, entendiendo como tal inteligencia la acepción concreta relacionada con especies tecnológicamente avanzadas. La comunicación entre estas especies siempre se ha definido a cuatro niveles:

Nivel 1.

El nivel matemático, en un primer contacto, es el que permite la comunicación básica, la cual se establece

mediante parámetros modelados en base a conceptos simples de álgebra y cálculo.

Nivel 2.

Un segundo nivel es el lenguaje verbal-gutural, pero requiere de ambas especies la capacidad de emitir sonidos y de recibirlos y procesarlos, de tal forma que puedan ser comunes para construir una comunicación correcta, además de una lengua que ambos puedan entender.

Nivel 3.

Un tercer sistema supone el uso de un sistema automático computarizado de traslación de la información, de tal manera que cada parte entienda lo que comunica la otra mediante un dispositivo artificial. Este modelo suele ser útil, una vez correctamente configurado, pero requiere la constante presencia de este sistema entre los interlocutores. Cualquier fallo deja sin posibilidad de comunicación a ambos interlocutores.

Nivel 4.

El cuarto sistema es la comunicación directa mental. Es el más preciso, pero requiere que ambas especies puedan compartir ideas con la mente. En este caso, se ha descubierto que las ondas mentales de muchas especies

permiten la transmisión de lenguoideas, que son ideas y conceptos que informan de algo a un interlocutor mediante un lenguaje mental. Las lenguoideas son el sistema preferente de comunicación entre los miembros de la especie LauKlar, aunque no el único.

Un puente entre mentes.

Los humanos parecían impresionados. Era evidente la gran diferencia de tamaño entre la especie mamífera y los LauKlars.

—¿Un dragón? —murmuró uno.

—¿Una especie de pájaro vitaminado? —susurró otro

—No es un pollo, eso es evidente —comentó un tercero.

Los humanos retrocedieron, aunque no mucho, separados como estaban solamente por un invisible campo de fuerza protector. El pájaro de la derecha miró al de la izquierda y lanzó un sonido parecido a un gruñido o a un quejido. En realidad, era un comentario mental de Garrin a Deblar acompañado de un matiz gutural que reforzaba una idea, indicándole que la tensión arterial y pulsaciones de los humanos demostraban claramente inquietud y nerviosismo. Aunque inexpertos en la fisiología humana, estaba claro que la tensión física y mental que estaban soportando aquellos primitivos seres era muy alta. Debían tranquilizarlos, y hacerlo enseguida.

Deblar contestó, y de nuevo aparecieron lo que para los humanos eran esos sonidos incomprensibles, que parecían los ecos lejanos del halcón o del águila surcando el cielo.

Deblar tomó la decisión: debían comunicarse ya con ellos, y de forma inmediata. En esos mamíferos bípedos primitivos se encontraban las respuestas a muchas preguntas que ella había ido alimentando en su mente, y era el momento de empezar a responder a esas preguntas. Evidentemente, debería usar su capacidad mental. La comunicación telepática es directa entre mentes; transporta ideas y conceptos, no palabras, por lo que, aunque no es un lenguaje hablado estándar como el conocido por los humanos, incorpora muchos más matices. Tampoco sirve para leer la mente humana en su conjunto, debido a la importante diferencia estructural y a la falta de conocimientos exhaustivos de esas mentes primitivas. Solo las ideas que se forman instantáneamente pueden ser leídas por los LauKlars. Por eso necesitaba directamente hablar con ellos, aunque fuese con la mente.

Uno de los que parecía haber tomado el liderazgo se encontraba de pie por delante de los demás. Deblar se dirigiría a todos, pero miraría a ese individuo en concreto. Los ojos se posaron en su mente, y, curiosamente, ésta, una hembra, aunque evidentemente sorprendida, no llegó a desviar la vista de su mirada.

—Me dirijo a vosotros como ejemplares de lo que se da en llamar la especie humana... —Los

veintisiete humanos se miraron entre sí, intentando comprender de dónde venía esa voz que oían en su interior.

—No debéis tener miedo, no os va a pasar nada — afirmó Deblar—. Soy yo, estoy frente a vosotros, y me comunico mentalmente con vosotros. Vuestros cerebros están, afortunadamente, en la frontera del desarrollo para recibir mis mensajes, y para responder. No lo están para que vosotros comencéis una conversación. Pero siempre podéis solicitarme el hablar conmigo a través de gestos mentales, es decir, expresiones de lo que queréis comunicar con vuestras mentes, y así iniciar una conversación mental.

Los humanos murmuraron algunos sonidos en lo que parecía su extraño idioma. Un lenguaje formado por sonidos emitidos por su laringe, unas pequeñas estructuras musculares llamadas cuerdas vocales, y la manipulación de la onda sonora con la boca y la lengua. Sin duda era un sistema basto pero eficaz para formar un rudimentario lenguaje verbal, como ocurría en otras especies inteligentes inferiores. Los LauKlars hacía tiempo que habían pasado a combinar sonidos físicos con mensajes mentales, en un sistema de una eficiencia extremadamente superior. Finalmente, una hembra de entre el grupo de humanos, dio dos pasos y comenzó a pensar en lo que quería decir. Sorprendentemente para ella, vio que los demás podían escuchar sus pensamientos.

No directamente, sino a través de la mente de Deblar.

—Mi nombre es Helen, y he sido nombrada portavoz del grupo por mis compañeros.

—Hola, Helen —saludó Deblar, tal como había visto que hacían los humanos cuando poblaron el planeta, en algunos de los fragmentarios datos sobre costumbres que habían podido recuperar—. Supongo que en vuestro lenguaje mi nombre podría sonar a algo parecido a Deblar. Puedes dirigirte a mí con ese nombre. Lo primero que quiero deciros es que, si tenéis cualquier duda, cualquier queja, sobre vuestro estado y situación, nos lo digáis enseguida. Sabemos que tendréis muchas preguntas.

—¿Vas a matarnos? —fue la primera pregunta directa de Helen.

—No, no, de ningún modo. ¿Qué sentido tendría recrearos y luego mataros?

—No lo sé. ¿Diversión, quizás? ¿O, quizás algún tipo de curiosidad morbosa?

—No entendemos cómo podría ser divertido algo así. Y nuestra curiosidad es científica.

—¿Estás segura?

—Completamente. ¿Qué más?

—¿Somos prisioneros?

—No. Definitivamente, no sois prisioneros.

—¿Entonces, por qué no podemos movernos libremente?

—¿Moveros a dónde? Ahora mismo estamos a bordo de una nave interestelar, en órbita de lo que vosotros conocéis como el planeta Tierra. Y, en la Tierra, las condiciones de supervivencia para vuestra especie, en realidad, para cualquier especie, son igual a cero. — Los humanos se miraron entre sí.

—¿Alguna otra pregunta? —Sugirió Deblar. Helen enarcó las cejas levemente y sonrió.

—¿Qué si tenemos alguna otra pregunta? Tenemos cientos, miles de preguntas —respondió Helen con voz grave—. Y tenemos una petición: ropa.

—¿Ropa? —preguntó Deblar extrañada.

—Ropa. Prendas. Un tipo de elemento que usamos los humanos para cubrir nuestros cuerpos. No tengo nada contra los nudistas, pero aquí, a nosotros, no nos va ese estilo. —Deblar reflexionó un momento y contestó:

—¡Ah, sí, ropa! ¡Ropa de abrigo, prendas de vestir, es cierto! —Deblar recordó las antiguas imágenes de los humanos con tejidos que cubrían sus cuerpos. Se habían dado varias hipótesis para esa costumbre, pero nunca quedó muy claro el por qué. Deblar inconscientemente nombró algunas de ellas.

—Vuestra especie requería cubrir vuestro cuerpo con distintos materiales, por razones no conocidas, aunque suponemos que climáticas, estéticas,

culturales, y morales. Lo recuerdo de los pocos datos que hemos obtenido sobre vuestra especie. Creo que tenemos muestras diversas de esas “prendas” o “ropa” como las llamáis. Las replicaremos.

—Y otra cosa —añadió Helen levantando el dedo—. ¿No hay nada mejor que comer que esa porquería? —Deblar no entendió la pregunta. Luego se dio cuenta de que se refería a los aportes nutricionales.

—Son hidratos de carbono, proteínas, y otros elementos básicos, que os permitirán un desarrollo estable de vuestro organismo. Especialmente porque vuestros cuerpos han sido recreados desde una matriz bioinformática, y nunca terminarán de ser exactamente iguales que los originales.

—Es basura, y estoy siendo amable —se quejó Helen. Los demás movieron la cabeza de arriba abajo como queriendo indicar algo, aunque Deblar no entendió ese gesto.

—Vosotros erais omnívoros y os alimentabais de carnes, pescados, verduras... Nosotros hace muchos miles de años que entendimos que no podíamos mantener nuestros cuerpos por el sacrificio de otros seres vivos. Desde entonces fabricamos nuestros propios alimentos artificiales.

—¡Vaya, sois veganos, qué modernos! —rió Helen. Pues tenéis suerte de seguir vivos. —Nuevamente Deblar no entendió exactamente a qué se refería con “veganos”. Luego, tras procesar la respuesta de

Helen, y por el contexto mental, comprendió su significado.

—No somos eso que llamas “veganos”. Supongo que os referís a una forma de alimentación específica de algunos humanos en vuestra época. No nos alimentamos de tejido vivo de ningún tipo. En realidad, hemos evolucionado mucho desde entonces, desde los tiempos remotos de la Era Anterior, cuando comenzamos nuestro camino por la Galaxia... Pero ahora dejemos este tema, os conseguiremos la ropa...

—Y calzado. Y baños. No somos animales. — Deblar no entendió esa última afirmación. Claro que eran animales. Con capacidades intelectivas, pero animales. Respondió:

—... Y calzado, es cierto, os protegéis los pies, y ¿baños? ¿Qué son baños? ¿Tiene algo que ver con asuntos estéticos? —Helen no parecía muy animada ante esas preguntas.

—Esto tendré que consultarlo. Baños... Cuántos términos desconocidos... Bien, mañana seguiremos esta conversación. —A Helen no pareció divertirle mucho esa última afirmación.

—Dinos al menos qué quieres de nosotros — preguntó con fuerza tanto verbal como mental—. ¿Por qué estamos aquí? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Qué vais a hacer con nosotros?

—Estáis aquí porque os hemos recreado a partir de una matriz bioinformática que obtuvimos del planeta.

—¿Una qué?

—Ya os lo explicaremos con más detalles. El lugar es la Tierra, o al menos la Tierra tras muchísimos milenios desde vuestra era. Y el tiempo, bien, eso es más complicado; realmente vuestros antiguos cuerpos murieron hace aproximadamente unos tres mil a cinco mil millones de años, no podemos saberlo con mayor certeza de momento. —Los humanos comenzaron a hablar con un tono cada vez más alto murmurando cosas como clonación.

—Por favor, por favor —requirió Deblar—. Todos a la vez no.

—¿Cuatro mil millones de años? ¿Es una broma? ¿Nos han clonado?

—No, no es una broma, y sí, en cierto modo os hemos clonado, aunque no es tan sencillo, no es una clonación, porque no ha habido una matriz orgánica, sino bioinformática. Pero ahora lo importante es que hemos tenido un primer contacto. Mañana, ya con vuestras ropas, y vuestros baños, sean lo que sean, seguiremos.

Enciclopedia Galáctica: la Era Anterior.

La Era Anterior se conoce como la época en la que los datos de la historia de los LauKlars se pierden entre los

mitos y las leyendas, cuando la especie comenzó la expansión por la Galaxia. En aquellos siglos primeros se cree que la expansión estuvo causada por cambios poblacionales importantes, combinados con una mayor incapacidad de la estrella progenitora para mantener a la especie en su planeta original.

Esta Era termina aproximadamente dieciséis mil años después, cuando se desarrollaron los primeros sistemas de información autogestionado. Sistemas cuya capacidad de datos era virtualmente infinita, siendo además automantenidos. Esos primeros sistemas antiguos aún mantienen lo que se llama el sistema de escritura, anterior a la comunicación mental y al almacenamiento directo de la memoria y los recuerdos de los historiadores LauKlar.

Desde entonces, los recuerdos y las ideas de los LauKlars se pueden almacenar directamente en dispositivos de memoria, normalmente gestionados por los historiadores y arqueólogos con capacidades mentales de diversas especies, aunque sólo los LauKlars pueden leer la información de forma completa. Este sistema de almacenar recuerdos directos tiene dos ventajas: no cabe a la interpretación; cada cual ve lo que vio y grabó el historiador, y no se modifica con el tiempo, ya que los dos cerebros de los LauKlars han permanecido virtualmente inalterados. Con este sistema, cualquier LauKlar puede literalmente conocer el pasado grabado por los historiadores tal y como lo vio el propio historiador. Es lo más parecido al viaje en el tiempo...

Introspección.

Deblar se retiró y la puerta principal se cerró. Estaba relativamente satisfecha de ese primer contacto. La hembra humana que había sido elegida como representante parecía lo bastante inteligente como para mantener una conversación de un nivel básico aceptable. Siempre teniendo en cuenta sus primitivos esquemas mentales y su desarrollo cerebral básico. Pero era todo lo que tenía, y sin duda podía esperar obtener una buena cantidad de datos de esa experiencia.

Los humanos fueron observados, y sus mentes leídas hasta donde era posible, para tratar de averiguar toda la información posible sobre su naturaleza, e intentar conocer qué podía haber llevado a los Xarwen a grabar en una matriz bioinformática a un grupo de antiguos humanos, que ya en su época se habían extinguido hacía aproximadamente mil millones de años. Los Xarwen eran una raza metódica, muy rigurosa en su trabajo científico, y tenían la inmensa fortuna de no haber creído nunca en opciones místicas y sobrenaturales, lo que les había permitido un desarrollo científico realmente notable. Sin embargo, aun así se extinguieron, no sin antes haber dejado aquel mausoleo intemporal secreto donde habían hallado la base de datos con los patrones de los humanos.

Las respuestas sólo podrían encontrarse entre los mismos humanos, o no se sabrían nunca. Conocer, y entender, por qué los Xarwen habían decidido almacenar y preservar durante millones de años esa información era fundamental.

A la mañana siguiente, Deblar volvió al laboratorio para hablar con los humanos. Le acompañaba Kirak y el Consejero Narhum, un miembro del Alto Consejo, la institución máxima de los LauKlars, desplazado especialmente desde la nave principal del grupo para asistir al interrogatorio.

La gigantesca puerta se abrió, y la luz cegó momentáneamente a los humanos, que ahora ya se encontraban vestidos con ropas diversas que se habían confeccionado aquella misma noche. A Deblar le resultó grotesco ver a esos seres humanos vestidos. No tenían ninguna necesidad de ello, pero parecían sentirse mucho más cómodos. No parecían muy entusiasmados de ver a lo que ellos denominaban tres “pájaros gigantes” delante de ellos. Deblar se dirigió a ellos mentalmente para intentar calmarlos.

—Hola —a Deblar le costaba acostumbrarse a ese tipo de saludo humano—. Tal como os dije, estoy

aquí de nuevo, y me acompañan dos miembros de mi especie para evaluar este interrogatorio.

—¿Interrogatorio? —clamó Helen—. Lo que queremos es nuestra libertad. Esto es denigrante. Queremos saber por qué estamos aquí y por qué nos mantienen encerrados como a perros. —Deblar reflexionó, y supuso finalmente que “perro” debía ser, por lo que podía leer en sus mentes, un animal cuadrúpedo que convivió con los humanos, y que en general debía soportar algún tipo de maltrato, o al menos vivir en unas condiciones no acordes con un nivel aceptable de bienestar, de ahí el comentario de la hembra humana.

—Por favor, no hay de qué preocuparse. Necesitamos respuestas para una investigación. Queremos la información que nos pueda ayudar a comprender los hechos.

—¿No tienes una mente todopoderosa que nos lee la mente? —preguntó de forma burlona Helen.

—Sí, pero no puedo leer lo que no es construido y moldeado por la mente en cada momento. Lo más importante, lo fundamental que debéis saber, es que sois una especie extinta, desaparecida hace unos cuatro mil a cinco millones de años aproximadamente.

—¿Y por qué debemos creerte? ¡Queremos pruebas!

—¿Pruebas? —respondió Deblar de forma suave intentando calmar a la humana—. Esta bien, ahí

tenéis la prueba. —Un portón anterior se abrió, y comenzó a mostrar la luz del espacio exterior. Detrás se fue dibujando lo que era el vacío del espacio y sus estrellas, una enorme estrella roja de gran tamaño, y un planeta amarillento y seco, que parecía devastado por la acción de dicha estrella.

—Ahí lo tenéis —les informó Deblar—. Esa estrella es lo que llamáis el Sol, y ese planeta es el tercero que lo orbita, al que llamáis La Tierra. —La vista, espectacular, mostraba un monstruoso gigante rojo que ocupaba una buena parte del espacio, y un planeta aterido y destrozado por la influencia de la moribunda estrella. Los humanos murmuraban entre sí acercándose al portal donde una invisible pantalla de energía les separaba del vacío del espacio.

—Esa es la Tierra —repitió de nuevo Deblar—. Ese es vuestro hogar, o lo que queda del nuestro. Porque también fue nuestro hogar. Nosotros lo llamamos “El Planeta Original” simplemente. —Helen se giró sobre sí misma, extrañada y confundida.

—¿Vuestro hogar? —preguntó Helen con aire dubitativo.

—Efectivamente. Los LauKlars somos originarios de este planeta. Como vosotros. Y como los Xarwen, la especie de la cual hemos extraído los datos para recrearos. Nosotros abandonamos el planeta hace ya muchos miles de años, cuando comenzó a ser imposible la vida en su superficie. Para entonces ya

habíamos comenzado la exploración de la Galaxia. Luego se perdió su localización, y así fue hasta hace poco tiempo, en el que redescubrimos su posición. Comenzamos a explorarlo, al fin y al cabo es el hogar de nuestros antepasados, y una de esas exploraciones dio con un laboratorio Xarwen, y con vosotros. Los Xarwen fueron una especie que vivió entre vuestro final y nuestro origen.

—¿Y esa mancha de luz sobre el horizonte?

—Es la Galaxia, o digamos, según vuestro punto de vista, la nueva Galaxia. Vosotros la llamaríais algo así como Androláctea, o ViaMeda, o algo similar. Hace unos quinientos millones de años, la antigua galaxia de la Vía Láctea y la galaxia de Andrómeda colisionaron, creando una galaxia nueva. Este fenómeno es relativamente común, y de hecho vuestros científicos lo calcularon con una precisión aceptable.

—¿Y, respecto a que la Tierra es vuestro hogar? ¿Qué has querido decir exactamente con “vuestro hogar”? —preguntó Helen extrañada. Deblar habría sonreído, si hubiese podido. Tratar con especies tan primitivas era todo un reto, justo en la frontera de la razón y la lógica.

—Quiero decir que ha habido tres especies en la Tierra que, fruto de la evolución, se desarrollaron hasta un punto en el que obtuvieron unas facultades mentales, psicológicas, tecnológicas y sociales, que nos permitirían denominar a dichas especies como “inteligentes”, al menos, desde un punto de vista

tecnológico. Hubo otras especies de perfil inteligente, pero en una clasificación distinta a la que aquí nos compete. Estamos hablando de civilizaciones tecnológicas, que desarrollaron modelos de desarrollo basados en la ciencia, la cultura y la industria. Esa es la especialidad de quien descubrió el lugar dónde habíais sido codificados.

—¿Lugar donde habíamos sido codificados?

—Sí. Como he dicho, se os encontró en un laboratorio de la segunda especie tecnológica que habitó la Tierra; los Xarwen. La especie humana, es decir, vosotros, no prosperó más allá de comprender los aspectos básicos del universo, la teoría nuclear, aspectos básicos de la gravedad, y poco más. Por supuesto no desarrollasteis el reactor hiperlumínico. Los Xarwen fueron mucho más allá, aunque nos consta que tampoco llegaron a viajar por el espacio a velocidades hiperlumínicas, lo cual es de por sí un misterio, ya que contradice lo que sabemos de ellos y su altísimo nivel de tecnología. Sus conocimientos eran muy avanzados, y en ciertos aspectos incluso superiores a los nuestros. Su coeficiente intelectual tecnológico debió de ser enorme. —En ese momento intervino otro humano.

—Yo soy Scott. En la Tierra trabajaba con teorías sobre física. Estábamos tratando de entender qué era la materia oscura, y la energía oscura. Sabíamos que había aspectos importantes por resolver. Teníamos claro que la velocidad de la luz era una barrera natural, y teníamos problemas con el desarrollo de

una teoría que aglutinase los distintos conceptos de materia, energía, gravedad, espacio, y tiempo. Es increíble que hayan pasado miles de años de aquello.

—¿Miles? En realidad son... —Helen interrumpió a Deblar.

—Sí sí, millones de años. Da igual, ¿qué más dará? Miles, millones... A mí todo esto me suena igual. Y, finalmente, aparecisteis vosotros —susurró sin demasiada convicción. Deblar notó algo raro en la mente de esa hembra humana. Por un momento sintió algo distinto. Supuso que era el esfuerzo por leer una mente tan primitiva.

—Así es —respondió Deblar—. Somos descendientes de lo que vosotros vulgarmente llamáis “pájaros”, que a su vez descendieron de algunas especies de algunas especies de los antiguos animales que vosotros llamabais dinosaurios. Hubo algunos muy evolucionados entre estos animales muy desarrollados, pero una extinción masiva interrumpió el flujo evolutivo. Pero no somos pájaros desde hace millones de años. —Helen miró a Deblar con abatimiento. Parecía aburrirse.

—Me parece fantástica toda esta conversación Deblar, muy cultural y enriquecedora. Podríamos montar un especial para el National Geographic con todo este material —comentó. Los otros rieron. De pronto, su rostro cambió, y su mirada se tornó fría y dura. Miró fijamente a Deblar mientras se acercaba ligeramente

—Pero esto no resuelve nuestro futuro —afirmó Helen mientras señalaba a sus compañeros—. Queremos saber qué queréis exactamente de nosotros, y queremos saberlo ya. Y no vamos a parar hasta que nos lo digáis... Ya lo ves. Es lo malo de tener mentes primitivas, Deblar. De ser algo poco más evolucionado que una bacteria. No somos capaces de ver más allá de nuestras narices.

—Te he dicho cuanto sé, humana. —Helen pareció alterarse.

—¿Humana? ¿Me has llamado “humana”? ¡Escucha, pedazo de ave de corral de diez metros! ¡Mi nombre es Helen, o Freyja, que es como me apodan! Aunque no me gusta, pero a ellos sí. ¿Te ha quedado claro, especie de gallina vitaminada?

—Muy claro.

—¡Estupendo! Nos vamos entendiendo por fin. Ahora vamos a hablar de temas importantes, porque tenemos que salir de esta granja de pollos lo antes posible. Vamos a ver... ¿Y ese laboratorio del que hablabas? ¿Tienes más información? —preguntó. Deblar giró su gran cuello hacia Kirak.

—Ese laboratorio, ese centro de datos, es un misterio, como todo lo demás. —Kirak intervino por primera vez. Aunque la lectura mental no puede distinguir voces, porque no existen, Helen se dio cuenta perfectamente del cambio que suponía pasar de una mente a otra. Las inflexiones, la fuerza, la vibración mental, eran muy diferentes.

—Soy Kirak, responsable de la expedición que os ha encontrado. Los datos de vuestro ADN, proteínas recompositoras y n-gramas de memoria fueron hallados en ese laboratorio, centro de investigación, o lo que quisiera que fuese. No tenemos intención hostil ninguna con vosotros. No sois materia de experimentación, ni estáis aquí para beneficio propio. Os hemos recreado porque, al parecer, los Xarwen grabaron vuestros datos biométricos con el fin de que alguien os trajera de nuevo al mundo. Evidentemente, parece factible pensar que, para ellos, vosotros erais importantes. Lo suficiente como para almacenar vuestros biodatos y esperar una posibilidad de regeneración futura. Sabemos que es traumático aparecer de nuevo a la existencia tras tanto tiempo muertos, pero Deblar insistió con el fin de poder resolver el misterio.

—¿Qué misterio? —inquirió Helen.

—El misterio de vuestra presencia en la base de datos Xarwen. ¿Qué sabéis vosotros de ello? Los Xarwen os almacenaron por alguna razón.

—Nosotros no fuimos almacenados voluntariamente —dijo Helen con voz grave—. Por lo que hemos podido averiguar, por lo que hemos hablado entre nosotros, todos nosotros vivíamos una vida normal. Normal, hasta que, de repente, hemos aparecido aquí.

—¿Es posible que vuestros biodatos fueran obtenidos de forma indirecta?

—¿A qué te refieres, pollito?

—A que se recogieran vuestros datos en un almacén informático obteniendo las muestras de antiguas fuentes...

—Eso no tiene sentido —interrumpió Deblar—. Incluso si se recogió el paleoADN de estos humanos, sus n-gramas de memoria habrían sido destruidos mucho tiempo atrás. Podríamos tener sus cuerpos, pero nunca sus mentes. —Sonó en ese momento una señal que solo pudieron oír los LauKlars.

—El Presidente viene a verte, Deblar —confirmó el Consejero Narhum.

—¿El Presidente viene aquí? ¿Por qué? —se preguntó Deblar extrañada.

—No lo sé —respondió Narhum—. Pero supongo que tendrá que ver con todo este asunto de los humanos. Se está convirtiendo en un tema popular, y comienza a haber teorías de todo tipo y clase sobre su presencia, y, sobre todo, de cómo es posible su existencia. Personalmente creo que esta investigación se está convirtiendo en algo mucho más complejo que un simple estudio arqueológico. Tenemos a un grupo de humanos. Son seres vivos, conscientes, pensantes, que merecen nuestra atención y nuestro respeto. Y los tenemos metidos en un agujero en medio del espacio. Me temo que este podría ser un buen motivo para la presencia del Presidente en esta nave. —Kirak asintió, confirmando su idea original de que esa aventura de regenerar a los humanos no había sido un acierto.

—Veremos... —respondió Deblar sin interés.

Enciclopedia Galáctica: modelo de vida LauKlar.

... Los LauKlars son animales gregarios. Aunque forman familias, éstas conviven en grandes grupos. Sus naves interestelares no disponen de habitaciones en el sentido clásico humano del término, sino de grandes espacios que ellos denominan Salas. Viven y duermen en grupos, y sólo en raras ocasiones se aíslan en las conocidas como Cámaras de Reflexión. Crían a su progenie en grupo, aunque los padres biológicos son los principales educadores y formadores. Su modo principal de comunicación es mental, aunque los combinan con su propio lenguaje verbal, y disponen de ciertas capacidades telequinéticas, que les permiten manipular el entorno, aunque no sobre objetos vivos ...

... Si uno de los grandes logros de humanos y Xarwen fueron sus manos, verdaderas herramientas capaces de manipular el entorno con gran precisión, el éxito de los LauKlars fue el de conseguir lo mismo con la mente; los LauKlars no disponen de manos, pero su mente está perfectamente capacitada para manipular el entorno con una precisión aún mayor. Este logro evolutivo permitió a los LauKlars un desarrollo comparativamente mucho más

rápido en la creación de herramientas y, posteriormente, en el control de su área inmediata...

... La razón de la capacidad de control a distancia de los LauKlars, lo que se suele denominar telequinesis, es posible gracias a la configuración de doble cerebro. En realidad, evolutivamente el segundo cerebro se formó hace aproximadamente mil millones de años atrás, cuando el lóbulo frontal comenzó un proceso de división mediante un pliegue del neocortex que se fue desarrollando hasta conformar una estructura separada, unida al primer cerebro mediante filamentos de neuronas grises de muy alta densidad.

El segundo cerebro potenció la capacidad de desarrollo mental y psíquico de los LauKlars, que evolucionaron creando un verdadero centro de información y de control activo muy poderoso, que incluye la transmisión de pensamientos y comunicación mental bidireccional. Mientras el primer cerebro continúa realizando las funciones clásicas de todos los seres vivos, el segundo cerebro se desarrolló para tareas puramente cognitivas y de procesos subjetivos. Se suele decir, aunque no está demostrado, que los LauKlars serían capaces de sobrevivir en un mundo de cuatro dimensiones físicas...

Los LauKlars viven aproximadamente de quinientos cincuenta a seiscientos años, alcanzan la madurez a los cien años, y su muerte es vista como el Salto Final, o el

Vuelo Final, un vuelo que durará eternamente. Sin embargo, ellos entienden que esos términos o conceptos son sólo símbolos, ya que no procesan ningún tipo de misticismo ni tienen creencias en seres superiores sobrenaturales. De hecho, se considera el abandono de creencias sobrenaturales uno de los pasos críticos en cualquier civilización avanzada para que deje de considerarse como primitiva y proclive al autoexterminio...

La Gran Sala Blanca.

Las Salas de las naves LauKlars conforman los centros de representación básicos para las operaciones de la nave. De hecho, puede haber varias, o incluso muchas, salas de cada tipo.

La Sala Gris para un humano sería lo que se conoce como ingeniería, el corazón de la nave. Claro que, por sus dimensiones y estructura, no lo parecería a ese humano. La razón es que los LauKlars disponen de un sentido espacial en tres dimensiones muy superior al humano, que les permite construir salas de varios niveles donde el sentido de arriba y abajo es prácticamente irrelevante.

La Sala Azul dispone de todos los instrumentos científicos de la nave. En ella los LauKlars trabajan en investigación básica y aplicada muy diversa, que comprende actividades multidisciplinarias, en las que suelen colaborar científicos de otras especies.

La Sala Verde es la sala de esparcimiento y descanso, teniendo en cuenta que los LauKlars viven y duermen juntos, nunca solos, al menos, se conforman en pequeños grupos. Es la zona de mayor actividad social, si bien los LauKlars son animales

sociales por naturaleza, e interactúan constantemente en cualquier medio y lugar. Normalmente la Sala Verde dispone de actividades de ocio y juegos.

La Sala Roja es el centro neurálgico del sistema de combate de la nave. No había sido usada en mucho tiempo, pero cuando lo hizo, la última vez, treinta años atrás, había demostrado su poder ante una especie recién identificada muy violenta, que trató por todos los medios de comenzar una guerra inútil contra los LauKlars. Es difícil, muy difícil, que dos especies que se cruzan por primera vez en el universo se encuentren al mismo nivel de desarrollo tecnológico, y puedan comenzar una guerra donde no haya un claro bando ganador. Casi siempre uno de ellos se encuentra tecnológicamente mucho más avanzado que el otro. Si la especie avanzada es pacífica, la guerra acaba en días, puede que en horas. Si es la violenta la especie avanzada, la aniquilación casi absoluta de la especie inferior es una opción común, y que ha sido una constante en diversos periodos de la historia de las civilizaciones.

La Gran Sala Blanca es el corazón legislativo de la nave, y el centro de reunión del Mando Central de la misma. Allí habían sido convocados Deblar y Kirak, junto con el equipo de investigación a cargo de las ruinas Xarwen, y de los humanos recién biosintetizados. Una enorme sala circular de dos kilómetros de diámetro en siete anillos, donde el

Presidente se coloca justo en medio, mientras que alrededor del mismo, en una semicircunferencia de 180 grados, se colocan aquellos que deben contestar a sus preguntas. Narhum, como testigo y miembro del Alto Consejo, se dispuso a la izquierda del Presidente. En la esquina derecha se encontraba Helen, que, como representante de los humanos, había sido convocada por el Presidente, el cual, tras unos segundos tras la invocación de silencio verbal y mental, fue directamente al asunto.

—Deblar —habló el Presidente, —he sido informado de todos los aspectos relacionados con el descubrimiento de un laboratorio oculto de los Xarwen en el Planeta Original, y del hallazgo de un sistema bioinformático que almacenaba, entre otros datos, n-gramas de memoria, moléculas de ADN y proteínas prenucleares de secuenciación para el desarrollo rápido de individuos completos. Concretamente, se encontraron muestras de veintisiete humanos, de los cuales tenemos aquí a su representante, que responde al nombre de “Helen”.

— Así es, — respondió Deblar.

— ¿Entiende que su acto de regeneración de estos individuos va más allá de lo que exige una simple investigación de carácter científico? Estos veintisiete individuos son seres vivos, inteligentes, que bajo nuestras leyes deben ser tratados con los mismos derechos, y con el mismo respeto y cuidado, que cualquier otro ser vivo de la galaxia, inteligente o no.

Más allá de eso, que dispongan de inteligencia propia les permite elegir su propio destino, y ahí no podemos sino ofrecerles de forma inmediata la libertad completa, y la cooperación en todo aquello que necesiten para establecerse y vivir, como seres humanos, una vida completa en algún lugar adecuado de la Galaxia. Incluso su investigación, por muy importante que sea, está, por ley, supeditada a la colaboración que los humanos quieran ofrecer. Si ellos desean responder a sus preguntas, pueden hacerlo. Sino, son libres de actuar con total libertad. Espero que estos puntos fundamentales hayan quedado lo suficientemente claros. —Deblar comenzaba a sentirse realmente irritada. Tanta verborrea sobre derechos y deberes le aburría.

—Presidente, quiero expresar que esta investigación, de carácter claramente excepcional por su importancia y por sus hallazgos, debe requerir de un protocolo especial. Estos seres humanos habían muerto hace unos tres mil millones de años aproximadamente. Pero, por alguna razón desconocida, los Xarwen no solo almacenaron sus n-gramas de memoria y su estructura de ADN, sino que la guardaron en un laboratorio perfectamente camuflado y guardado por un sistema de seguridad extremadamente sofisticado. Tanto, que no pudimos detectarlo hasta encontrarnos a muy corta distancia del mismo. Es evidente que los Xarwen tenían un gran interés en estos humanos, por las razones que fuesen, y por ello debieron de actuar de esta manera. Pero no podemos explicarnos qué interés podía ser

ese. Hemos analizado a los humanos y son perfectamente normales con respecto a los datos que teníamos anteriores de la especie. No hay nada especial en ellos, pero, de alguna manera, son especiales. Tanto, que los Xarwen decidieron que salvaguardar su ADN y memoria era primordial. Pudo ser, sí, una simple cuestión de interés cultural y paleontológico. Pero, cómo obtuvieron los datos biológicos, y por qué los almacenaron con tanto cuidado, es un misterio. Creí adecuado que la mejor forma de obtener respuestas era preguntarles a ellos directamente. Eso es todo.

—¿Eso es todo? Inquirió el Presidente, con un tono que denotaba preocupación—. No podemos obviar los aspectos básicos de nuestras leyes sobre la vida, especialmente con individuos que tienen capacidad de raciocinio, aunque sea limitada como es en este caso. Deben poder elegir su destino. Y devolverlos a la vida así, para ser sometidos a un interrogatorio de una investigación arqueológica, supone romper con nuestros principios más solidarios para con cualquier ser vivo de cualquier mundo habitado. —El Presidente dejó la última palabra en suspenso, con el fin de terminar su veredicto. Aunque el silencio era obligatorio, era imposible no captar trazos de las mentes de los LauKlars que asistían al acto. Finalmente, El Presidente dictaminó:

—Debo declarar, y declaro, que los veintisiete seres humanos que han sido regenerados, tengan, desde este momento, plena libertad para elegir

dónde quieren asentarse, y libertad completa para colaborar, o no, en la investigación arqueológica de la doctora Deblar, y en cualquier otro asunto que sea de su interés o competencia. También declaro que, si los humanos desean colaborar en esta investigación en aras a conocer su propio pasado, lo harán en plena libertad de sus facultades mentales y en total libertad, pudiendo dejar el proyecto en cualquier momento, y siendo interrogados solamente si ellos así lo estiman oportuno.

Helen sonrió. Deblar captó el sentimiento de alegría de la humana, que parecía excitarse ante las palabras del Presidente, con una tensión y fuerza mental que llamó la atención de varios miembros de la sala. Especialmente a ella, que había servido de enlace mental para que Helen pudiera seguir el Consejo.

Helen pensó que, en cualquier momento, aquel enorme pájaro iba a sacar un mazo y dar un golpe sobre la mesa. Pero se limitó a desplegar las alas y salir volando junto a Narhum. Tuvo la sensación de que aquella ave enorme le iba a hacer alguna pregunta, e incluso había preparado un discurso conmovedor. Pero no hizo falta nada de eso. La decisión estaba tomada, y nada ni nadie podría cambiarlo. Era la Ley. Y la orden expresa de El Presidente.

Y, por un momento, durante un ínfimo instante,

Deblar sintió una fuerza poderosa entrando en su mente. Fue una fracción de segundo. Pero fue suficiente.

De vuelta a la estancia donde se alojaban el resto de humanos, los compañeros de Helen la miraron con atención. Ya con ropas y zapatos, obtenidos de una mezcla de épocas que comprendían más de cinco mil años, esperaban oír alguna buena noticia. Ella se acercó caminando despacio y con una ligera sonrisa en el rostro.

—¿Y bien? —preguntó Scott.

—Ha ido mejor de lo que esperaba. Nos han dado plena libertad de acción. Podremos salir de aquí e ir donde queramos.

—¿Y...?

—¡Silencio! —ordenó Helen—. Ni una palabra más ahora. Guarda esas preguntas para luego. Recordad: no pueden leer nuestra mente, pero sí nuestras ideas expresadas. Si accedemos a información en nuestras mentes y las organizamos para formular una pregunta, entonces esa pregunta es legible para ellos. He estado hablando con uno de ellos tras la reunión, o el juicio, o la asamblea, o como quiera que llamen ellos a ese acto. Nos han propuesto ir a un planeta similar a la Tierra, con una presión atmosférica y gravedad bastante similares, en la que podremos vivir bien tras un periodo de

adaptación y con ayuda de algunos ajustes genéticos. Scott, Darrell, Karl, vosotros seréis los responsables de cada equipo, tal como habíamos acordado. Y no lo olvidéis: pase lo que pase, debemos agradecer al destino, o si alguien lo desea, a un dios, que finalmente estemos vivos de nuevo, y con nuestros recuerdos intactos. Si los planes podían salir bien, estos han salido mejor de lo que nunca pudiéramos imaginar. Tarde, pero estamos aquí. Vivos. Y de una pieza.

—Sólo me falta una banda de jazz y será perfecto
—comentó uno de ellos. Helen lo miró duramente.

—¿Sabes lo que voy a hacer con tu banda de jazz como vuelvas a abrir la boca, Karl?

—No... Digo... Sí, Freyja.

—Tres mil millones de años enterrado en una biocomputadora, y cuando despiertas sólo piensas en jazz.

—Sí, Freyja.

—Bien, sigamos... De entrada, estamos vivos. Estos pájaros enormes podrían no haber vuelto, y nosotros seguiríamos siendo un montón de datos en una biocomputadora para toda la eternidad, o puede que más. El riesgo era enorme, y lo sabíamos. Hay que agradecerles a estos pájaros vitaminados que nos hayan sacado de allá. El laboratorio Xarwen, de donde extrajeron nuestros datos, sigue intacto. Es decir, todo se encuentra preparado y listo. Y estoy segura, convencida, de que todos querréis darles el

adecuado agradecimiento a nuestros amigos, los LauKlars, por habernos salvado el trasero. Tenemos una deuda eterna con ellos, y vamos a agradecerse lo con todo nuestro amor y entusiasmo fraternal... — Helen sonrió levemente intentando ocultar sus sentimientos, aunque era consciente de la dificultad que ello entrañaba. Pero los LauKlars no parecían preocuparse mucho por ellos, ni monitorizar sus pensamientos de forma exhaustiva. Era mejor así. Todos los presentes asintieron y se cruzaron miradas de aprobación. Las cosas estaban saliendo bien. Sorprendentemente bien, a pesar de todo.

— Bien pues, según me consta, en lo que sería el equivalente a un par de horas aproximadamente, vendrán a por nosotros. Si es que he entendido bien lo que querían decir con su unidad de tiempo. Id preparándoos. Esta vez las cosas serán distintas...

Enciclopedia Galáctica: el viaje interestelar.

... Por regla general, cada raza tecnológicamente avanzada termina, de un modo u otro, pretendiendo viajar a través del espacio a planetas de su sistema estelar, y más tarde, a otras estrellas. Las leyes físicas son las mismas para todos, y ello conlleva la racionalización del problema, su análisis matemático y físico, el desarrollo de teorías, y la puesta en marcha práctica de los viajes estelares. Muchas civilizaciones no consiguen nunca llegar a este último punto, pereciendo antes, bien por constantes conflictos internos (sociales, económicos, religiosos), o bien por la

desaparición de la especie por distintas causas (enfermedades, desastres naturales, etc.). En algunos casos una especie puede desaparecer o ser convertida en esclava de otra superior de tipo militarista expansionista que llega al planeta para dominarlo...

En estas civilizaciones, una vez dadas las condiciones y los avances adecuados, se proponen teorías e ideas similares de forma común, algunas de ellas hipotéticamente factibles, para el viaje interestelar. Pero, aunque un modelo físico-matemático funcione sobre el papel, esto no implica que sea factible para crear un sistema de ingeniería eficaz y fiable. La única solución viable, al menos la única que se ha visto refrendada por distintas especies de la Galaxia, es la burbuja interdimensional. Consiste en crear una zona de interacción entre dos universos complementarios, creando una burbuja de espacio-tiempo donde se aloja la nave. La manipulación controlada de la burbuja permite a la nave desplazarse por el espacio a velocidades hiperlumínicas.

Del mismo modo que la naturaleza crea la misma solución para el mismo problema en diferentes ecosistemas y planetas (convergencia evolutiva), las naves interestelares de distintas especies tienen todas algo en común: una superestructura que rodea a la nave principal y que se encarga de la creación y gestión de la burbuja espacio-temporal. Estas naves son así fácilmente reconocibles por contener una estructura exterior en forma de anillo o cilindro, que permite la creación y

manipulación de la burbuja, y una interior que guarda a la tripulación y la carga...

La huida.

Ronta era un buen piloto. Desde pequeño su sueño era volar con sus alas, como ocurría con todos los LauKlars, y también a través del vacío del espacio. Su sueño se había hecho realidad con una de las mejores tasas de rendimiento de su grupo. Él sin duda se sentía muy orgulloso de ello.

El viaje interestelar era rutinario, pero ello no implicaba que no fuera peligroso. La base teórica del viaje hiperlumínico consiste en un equilibrio perfecto entre dos energías convergiendo y creando una zona del subespacio de nivel cero. Las civilizaciones de nivel 3 obtienen y derivan así el secreto de poder atravesar las fronteras entre las estrellas a velocidades hiperlumínicas. Los Xarwen eran por ello una especie de nivel 2, avanzados pero incapaces del vuelo hiperlumínico, y los humanos, de nivel 1. En realidad, la nave no se movía de su sitio en ningún momento, sino que era la interacción del universo con un universo complementario el que generaba una burbuja de espacio-tiempo neutro delante de la nave, para cerrarse detrás.

Antiguas teorías habían postulado la manipulación del mismo tejido espacio-temporal para viajar a través de las estrellas. Pero ello, aunque teóricamente factible, requería de una energía descomunal, no demasiado lejana a la generada en el

Big Bang. Tanto era así que el propio Big Bang modeló el tejido del espacio y del tiempo, como una manta que se extiende desde lo alto de una cama, y cae en una posición, quedando así para siempre. Siempre que no intervenga una energía del nivel suficiente. No, el viaje hiperlumínico suponía interactuar abriendo una brecha en el universo hacia otro universo complementario. Un universo complementario es aquel que dispone de la misma estructura de otro universo pero con valores opuestos. Es algo similar al electrón y el positrón. Ambos son la misma partícula, pero con cargas opuestas. Unirlas genera una gran cantidad de energía. Del mismo modo, unir un universo con su antiuniverso (otro modo de llamar al universo complementario) correspondiente genera un área de densidad cero y una energía enorme. A diferencia de un universo de carga contraria, un antiuniverso es una antirréplica de todas las constantes y leyes universales, no sólo de la carga eléctrica. La interacción genera un campo de vacío sin interacción de partículas virtuales. Ese campo rodea a la nave y puede desplazarse a velocidades hiperlumínicas. La velocidad máxima no es infinita lógicamente, por cuanto el desplazamiento supone un proceso de modificación del campo de interacción.

Ronta era un experto en teoría de campos interuniversales. Debía serlo, porque un piloto no puede someterse a un simple conocimiento mecánico de los instrumentos de una nave. Debe comprender

los principios que permiten el viaje interestelar, porque la computadora puede predecir la amplitud del campo de interacción entre universos para que sea eficiente, pero se requiere un piloto con una preparación mental avanzada para obtener el máximo rendimiento al menor coste energético, y, por supuesto, para prevenir cualquier posibilidad de accidente. Por accidente se entiende la mezcla descontrolada de la interacción entre los dos campos de los dos universos, lo cual puede llegar a provocar una explosión de una potencia descomunal.

Ronta llegó a la sala donde esperaban los humanos, y, sin demasiado entusiasmo, les dijo:

—Soy Ronta, piloto de la lanzadera, y soy el responsable de vuestro transporte. Me han marcado un mundo habitable a sesenta años luz donde podríais vivir, llamado Solaria 4. Se formó hace dos mil quinientos millones de años, y se encuentra en la segunda fase de su desarrollo tras abandonar el cinturón de gas que lo formó. El cinturón ya no existe por supuesto, pero sí las estrellas que se generaron en su núcleo.

—Lo siento pollito —comentó Helen sin entusiasmo—. No nos interesa la astronomía, ni cuándo se formó ese mundo.

—Creí que os interesaría saberlo.

—Lo que nos interesa saber es por qué nos queréis llevar a ese Solaria 4. ¿Qué tiene de particular ese planeta?

—Solaria 4 es un planeta dentro de un grupo de estrellas dobles. Es un planeta similar a la Tierra, situado como su numeración indica en la cuarta posición orbital de la estrella principal, Solaria A. Tiene una fauna autóctona muy rica y mucha agua. Es un buen lugar donde vivir. Nosotros os proveeremos de todo lo necesario para vuestra supervivencia por supuesto. Como sois seres primitivos, podréis cazar y recolectar alimentos.

—¿Primitivos? —preguntó Karl—. ¿Quieres que te detalle lo que te puede hacer este primitivo en tu precioso cuello?

—Karl, calla la boca... —cortó Helen—. Dime... ¿Ronta? Vamos a ver: ¿qué posibilidades tendríamos de vivir en la Tierra?

—¿En la Tierra? ¿Te refieres al Planeta Original, el que orbitamos? Ninguna, ciertamente —respondió divertido Ronta, ante una pregunta cuya respuesta era evidente y ya debían conocer, si se suponía que eran inteligentes. Aunque la humanidad solo sobrepasaba el parámetro de concepto de inteligencia de los LauKlars por un pequeño margen.

—Pero nosotros somos humanos, y este es nuestro planeta —insistió Scott, que era el más próximo a Helen.

—También es nuestro planeta de origen —aseveró Ronta—. Nosotros evolucionamos aquí también tras la desaparición de los Xarwen, como ellos lo hicieron cuando vosotros desaparecisteis. Según nuestra tradición, cuando comenzó nuestro desarrollo tecnológico, el Sol había comenzado a convertirse en una gigante roja. Durante varios miles de años la situación se fue deteriorando paulatinamente. Fue entonces cuando desarrollamos el reactor hiperlumínico, y cuando enviamos las especies de la Tierra a un planeta habitable cercano. De cada especie intentamos transportar el mayor número de ejemplares, y muchos se han adaptado ya al nuevo entorno. Nosotros lo llamamos Novaria, un planeta que se ha perdido en el tiempo. Solo sabemos de él por nuestra historia oral antigua. Pero fue el primer planeta habitado por nosotros tras dejar el Planeta Original, o la Tierra como la llamáis vosotros.

—El arca de Noé —comentó alguien con evidente humor. Ronta no entendió la expresión.

—¿Pero no vivís en un mundo? ¿no tenéis un planeta capital?—preguntó otra mujer—. Ronta no entendió del todo lo de “planeta capital”.

—No. No tenemos ningún planeta fijo como residencia ni ningún planeta “capital” como tú lo llamas. Vivimos principalmente en nuestras naves, y sí, visitamos y exploramos mundos diversos, pero no los convertimos en nuestros hogares. Las materias primas las obtenemos de asteroides, de cometas, y de planetas gaseosos. Naturalmente también

recopilamos la energía de las estrellas. Colonizamos mundos, pero no cambiamos nada de ellos excepto para situar algún centro de investigación o alguna pequeña colonia.

—Todo eso es precioso —comentó Helen—. Pero no es lo que queremos. Al menos, no de momento. Queremos ir a la Tierra.

—Es imposible —insistió Ronta, algo molesto por la insistencia de los humanos—. La Tierra es, lo repito, un yermo. Está muerta, excepto a nivel microscópico. Hace tiempo que desapareció toda vida, excepto algunas bacterias.

—No, no me entiendes, mi querido pájaro —esa expresión no la entendió Ronta. ¿Pájaro? Él no era un pájaro, era un LauKlar—. Queremos volver al lugar donde nos encontrasteis —siguió Helen— o mejor dicho, al lugar donde encontrasteis los datos que almacenaban la información de nuestras personas físicas y nuestras mentes.

—¿Y con qué finalidad? —Ronta no entendía qué podrían querer los humanos de esa zona muerta.

—Queremos intentar averiguar qué hacíamos ahí. Cómo fuimos a parar a ese ordenador... A esa máquina. Queremos investigar la zona. Necesitaremos provisiones, comida y agua.

—No puede hacerse —respondió Ronta con preocupación creciente—. No tenemos material y recursos adaptados a seres humanos para la supervivencia en un planeta en estas condiciones, y

lo más importante, nuestros ingenieros y arqueólogos ya han examinado la zona y analizado toda la información que allí había. Los niveles de oxígeno son bajos, os costará respirar si no es con los equipos adecuados. Salir a la superficie supone la muerte en un par de horas por la radiación solar. La capa de ozono que cubrió el planeta casi ha desaparecido. Nosotros podemos vivir unas horas en ese ambiente, ya que nos adaptamos evolutivamente a este planeta en condiciones ya muy duras en el pasado, pero vuestros cuerpos no durarán mucho, venís de un mundo que ya no existe como lo conocisteis. El planeta está muerto. –Helen lo miró de forma inquisitiva.

–¿No dijo El Presidente que éramos libres de tomar nuestras propias decisiones?

–Yo no estuve en el juicio, pero sí, es lo que dijo. Pero...

–Entonces llévanos al planeta, y una vez allí, al lugar donde nos encontrasteis.

–Tendré que hablar con mis superiores.

–Pues hazlo. No tenemos todo el día –respondió Helen con dureza.

Narhum se quedó sorprendido. Ronta le repitió la petición: –quieren ir al planeta.

–¿Quieren ir al planeta? ¿Para qué?

–Quieren investigar por su cuenta el área donde fueron hallados. Y quieren provisiones para

establecerse en el laboratorio o lo que fuera que dejaron allí los Xarwen.

–Pero si allí no hay nada de interés. Maquinaria antigua de la civilización Xarwen, mucho más avanzada que la tecnología de la que jamás dispuso la humanidad, y que no pueden comprender, mucho menos operar. Van a perder el tiempo.

–Más o menos es lo que les dije, Consejero. Les expliqué que se había analizado toda la zona y rastreado la superficie y lo que hay por debajo de ella en un radio de mil kilómetros. Y quieren examinar el contenido de las biocomputadoras Xarwen. – Narhum arqueó lo que en la especie humana se hubiese considerado como cejas.

–En fin, entiendo que su pasado y ellos mismos han estado ahí almacenados durante millones de años. Es evidente que quieren ver por ellos mismos el lugar de donde fueron extraídos los datos de sus estructuras y sus mentes, y examinarlos. Tienen derecho a reconocer la zona y ver el lugar, y nosotros somos responsables de su bienestar, ya que somos los que les hemos regenerado. Parece lógico que quieran por sí mismos comprobar su origen, e intentar extraer alguna información de los Xarwen y sus sistemas. En definitiva, quieren ver dónde fueron hallados por ellos mismos, y sacar sus propias conclusiones. Es una tarea inútil, pero al menos quedarán consolados. Así que tienes mi autorización para llevarles. Que vayan, que examinen las biocomputadoras Xarwen, que se tomen el tiempo

que quieran, y cuando comprendan que son incapaces de entender esa tecnología, es de suponer que pierdan el interés y quieran ir a algún lugar donde puedan pasar el resto de sus días con comodidad. Solaria 4 es el planeta más adecuado para ellos sin duda.

Ronta salió de la Gran Sala Gris, y pocos instantes después entró Deblar. Su estado de humor no era el mejor, algo que Narhum notó enseguida tras un pequeño sondeo mental. Esperaba críticas, y, desde luego, iba a recibirlas.

—Bien, pues ya están libres. Pueden ir donde quieran —dijo Deblar sin convicción.

—Así es, respondió Narhum—. ¿Qué esperaba, alguna otra solución por parte del Presidente? ¿Ha olvidado los miles de años desde que nos dimos la Ley Fundamental para el cuidado de las especies? Ellos son seres vivos, como nosotros, e inteligentes, al menos según los parámetros estándar establecidos. No podemos, ni debemos, inmiscuirnos. Regenerarlos, darles vida de nuevo, fue un gran error. Entiendo su postura en pos de conocer todos los hechos, pero recrear a una especie extinguida solo para obtener unos datos de tipo arqueológico me parece ir demasiado lejos. —Deblar no pareció sentirse afectada por la acusación.

—Las circunstancias eran especiales, como ya expliqué al Consejo. El lugar donde fueron hallados los datos era especial. Los Xarwen construyeron esas estructuras, esas biocomputadoras, con esos datos de los humanos, con alguna finalidad. Era evidente que querían preservar los datos de esos humanos durante millones de años, y es evidente que pusieron el mayor de los cuidados para que estuvieran a salvo excepto para especies tecnológicamente avanzadas, capaces de descubrir el campo de energía que ocultaba el laboratorio con las biocomputadoras. Es decir: los Xarwen querían que solo una especie con una capacidad similar a la nuestra encontrara esa información. Naturalmente, el hallazgo es de por sí revolucionario. Si a eso sumamos las circunstancias, es doblemente revolucionario. El paso lógico era obtener esa información, procesarla, y obtener respuestas. No hemos obtenido información. No hemos obtenido nada. —Narhum se sintió molesto por esa expresión que trataba a los humanos como simples fuentes de información.

—¿Procesar información para obtener respuestas? Estamos hablando de seres vivos Deblar, no de un problema matemático, o de un misterio físico, o de antiguos documentos que se han de traducir desde algún antiguo idioma. No, estamos hablando de seres vivos pensantes. No podemos dar la misma categoría a un libro de historia o a una biocomputadora que a un ser vivo que forma parte de la historia.

—Esa gente tuvo su oportunidad —replicó Deblar—. Tuvo su tiempo, su parte en la historia, en un momento determinado hace ya cuatro mil millones de años. Los Xarwen, de algún modo, consiguieron esas muestras humanas, y las procesaron en sus biocomputadoras. Fin de la historia. ¿Realmente deben tener los mismos derechos de cualquier ser vivo? No forman parte de este tiempo. De hecho, son reliquias vivas de un pasado remoto que hace miles de millones de años se extinguió. Las ciudades humanas desaparecieron. Su cultura, su historia, su arte, su ciencia, su filosofía, sus dogmas, sus miedos, su religión... Todo es polvo hoy día, excepto por las pocas muestras que hemos podido recoger, siempre muy fragmentadas, almacenadas en lo que ellos llamaban “máquinas del tiempo” o “cajas del tiempo”. Pero esto es distinto. Los Xarwen no crearon una caja fuerte donde almacenar datos; crearon un almacén de la historia de la especie humana, una especie viva cuando la Tierra solo contaba con cinco mil millones de años. Es impresionante. Y, sin duda, es preciso llegar hasta el final de esta historia. Hay demasiados interrogantes que merecen ser respondidos.

Narhum calló unos segundos. Aunque en todo lo relacionado con la transmisión de información mental entre los LauKlars, hablar de tiempo es arriesgado. La información verbal es lineal, una palabra tras la otra, un sonido tras otro, siempre hacia delante. La transmisión mental no era

inmediata, pero tampoco lineal. Los silencios no eran momentos sin detalles, pero tampoco completamente blancos.

—Su actitud es encomiable —comentó finalmente Narhum—. Y sin duda los humanos son de por sí un misterio. Pero ellos están tan confundidos como nosotros. No podemos leer sus mentes excepto cuando expresamente se refieren a una idea en concreto de forma verbal, y no tenemos datos de la razón por la que los Xarwen almacenaron sus datos. ¿Cuál es la conclusión de todo esto?

—No hay conclusión —respondió Deblar con una notable desesperanza—. Es todo un absurdo galimatías sin sentido, y de momento nuestro trabajo solo ha generado varias preguntas, y ninguna respuesta, en un modelo de eficacia altamente discutible, por no hablar de la incapacidad que hemos demostrado en este estudio. De los humanos no hemos obtenido nada, y dudo que obtengamos algo ahora que se sienten respaldados. Si es que saben algo.

—Exacto —exclamó Narhum sin querer ahondar en la frustración de Deblar—. Por eso tendrá que seguir investigando. El Presidente y yo mismo pensamos que este asunto es muy interesante. Pero no deja de ser una investigación científica de arqueología, no podemos permitirnos el lujo de transgredir las leyes por algo así, ni por cualquier otra razón o circunstancia. ¿Qué pensaba hacer, Deblar? ¿Retener a los humanos hasta que hablaran?

—Eso define bastante bien cuáles eran mis intenciones —respondió Deblar—. Siempre con el máximo cuidado y respeto claro.

—Claro claro —dijo Narhum con un tono incluso jocoso para un LauKlar—. Debe comprender que este asunto se podría haber convertido en un problema. Si los humanos son retenidos mucho tiempo y llega a saberse a escala galáctica, hubiese supuesto un golpe para nuestra política interestelar de bienestar de las especies. ¿Qué habrían pensado los Tarw, los Karit, los Mannkotr? Una especie como la nuestra, que se considera líder en el respeto a la vida, y que por una investigación menor se dedica a mantener en un agujero a otra especie inteligente, incluso siendo extinta, por el simple argumento del “todo por la ciencia”. No podemos exponernos a ello, Deblar. No podemos.

—Esta no es una investigación menor —estalló Deblar alzando las alas con vigor, un gesto que contenía una importante carga simbólica de fuerza—. Creo que se están confundiendo las cosas. Al menos no se puede considerar como tal hasta que se hayan dilucidado los hechos que se investigan.

—Es arqueología —repuso Narhum—. No se trata de un proyecto complejo de alto nivel y alto coste. Es un trabajo importante, pero no nos engañemos Deblar; esta investigación ha abierto una serie de preguntas de gran interés, pero nuestra especie no va a cambiar ni a evolucionar, ni a tratar una crisis, por el mero hecho de que se resuelvan o no estas

cuestiones de carácter arqueológico. Además, el Alto Consejo apoya esta investigación, y su reputación le permite disponer de los medios necesarios para llevarla a cabo. Pero no podemos considerar este proyecto de primer nivel. Y, mucho menos, utilizar a los humanos en pos de un fin científico propio. Es egoísta y arrogante por nuestra parte.

Deblar hizo un amago de querer responder, pero se limitó a un “está bien”, dar la vuelta, extender sus alas blancoazuladas en un gesto típico de respeto, y salir volando de la Gran Sala. Y su determinación era clara: ahora, más que nunca, iba a poner todo su empeño en resolver, de una forma u otra, la madeja en la que se había convertido el descubrimiento del laboratorio, con todas las consecuencias que ello implicara. Para el Alto Consejo aquello era una investigación rutinaria, secundaria, sin más. Para ella era la punta de un iceberg que quería resolver de la forma más directa posible. La más directa, y la más cauta. No iba a volver a hacer nada que implicara o moviera a miembros del Alto Consejo a investigar lo que estaba pasando. El revuelo de la regeneración de los humanos había causado malestar y una confrontación, y aunque era necesaria, no iba a permitir que se desarrollase una situación similar. Haría lo que tuviese que hacer. Y a nadie le iba a importar, porque nadie iba a ser informado.

El momento que ella, y sus antecesores, habían estado esperando largo tiempo, había llegado. Los actuales acontecimientos, una vez confirmadas sus sospechas con los humanos, la llevarían a tomar una decisión que cambiaría para siempre el curso de la historia de los LauKlars. Una decisión que tendría consecuencias como nunca antes se habían visto en los anales de los pueblos y mundos de la Galaxia...

Enciclopedia Galáctica: navíos LauKlar.

Los actuales navíos LauKlar, naves interestelares para el viaje a través de la Galaxia, son el producto de miles de años de mejoras constantes. Suelen tener muchos tamaños, pero existen dos tipos básicos: el modelo de 5 a 15 kilómetros para exploración, y el de 110 a 230 kilómetros para el transporte. Entre ambos tamaños se construyen algunas unidades de entre 40 y 70 kilómetros para actividades de todo tipo.

Algunas naves están equipadas con verdaderos ecosistemas vivos, y algunos modelos especiales de más de 250 kilómetros se emplean para simular completos entornos muy similares a los de un planeta, bien para los propios LauKlars, o para otras especies que, por las razones que sean, hayan tenido que abandonar sus planetas originales.

Existen también naves más pequeñas, de dos a cinco kilómetros, diseñadas casi en exclusiva para el combate. Estas naves pueden destruir un sistema solar completo en unas horas. No usan armas de fuego, sino una variación de fase del campo gravitatorio que perturba el sistema de forma acumulativa, de tal manera que un pequeño cambio en forma de ondas gravimétricas en el punto exacto conlleva la desaparición de la práctica totalidad del sistema estelar, destruyendo la vida y toda posibilidad de vida en cualquier planeta anteriormente habitado. Pero los LauKlars no pondrían en riesgo un sistema estelar si no es por una causa absolutamente imprescindible.

Fuera de eso, las armas de combate LauKlar son de tipos diversos, pero las más poderosas están basadas en cañones de campos de alta energía gravimétricos o electromagnéticos, que destruyen cualquier nave conocida en cuestión de segundos.

El origen de La Era del Caos.

El transbordador LauKlar, que transportaba al grupo de veintisiete humanos, con Ronta a los mandos, se posó suavemente en la superficie de la Tierra, tal como habían solicitado. En realidad, la palabra “posarse” era una forma de expresar una idea, ya que la nave se encontraba suspendida por efecto del reactor antigravitatorio.

Ronta llevó a los humanos al laboratorio donde habían sido encontrados, y Helen comenzó a dar instrucciones a varios miembros del grupo, que empezaron a moverse en diversas direcciones por la zona donde se encontraban los equipos de los Xarwen. No parecían respirar con la dificultad que era previsible. También le extrañó tanta organización. ¿Por qué correr? ¿Qué era todo ese movimiento y esas instrucciones que parecía estar dando la hembra humana?

Sin duda algo ocurría. Ronta verificó que los humanos, en lugar de comenzar a investigar el lugar, comenzaron a gestionarlo, a controlarlo. Pero ¿cómo era posible? Ni siquiera los LauKlars eran capaces de entender por completo la sofisticación de los sistemas Xarwen, y se trabajaba duramente en explicar la tecnología de esos antiguos seres que vivieron entre los humanos y los LauKlars. ¿Qué se

suponía que estaban entonces haciendo los humanos? ¿Sería algún ritual? No lo parecía. Porque un ritual no devolvería los instrumentos Xarwen a la vida, como estaba ocurriendo delante de sus ojos.

Varios humanos manipulaban unos terminales que segundos antes no existían. De dónde habían salido parecía inexplicable, aunque Ronta supuso que podrían haber estado ocultos de alguna forma. El lugar comenzó a cobrar vida con un rumor de algo, como un iniciador, un sonido cada vez más agudo y penetrante, de algún sistema que alimentaba de energía a algo inconcebible. Ronta trató de comunicar todo aquello a sus superiores, pero la transmisión estaba bloqueada en origen. De algún modo, estaban interceptando su señal. Pero ¿cómo era posible? Sólo eran unos seres primitivos...

— ¡Scott! ¿Cómo está todo? — preguntó Helen.

— En muy buenas condiciones — respondió Scott mientras consultaba una consola—. El campo negativo ha mantenido los sistemas a salvo. Aquí han pasado millones de años, pero los sistemas no tienen más de dos mil años de antigüedad. Están prácticamente como nuevos.

— Perfecto — susurró Helen sonriendo—. Si el campo ha aguantado aquí con ese desplazamiento temporal, arriba y en el resto de localizaciones habrá ocurrido lo mismo.

—Es lo más probable —comentó Scott—. Aunque la matriz temporal no puede ser nunca exacta, la desviación no será mayor de un dos o tres por ciento.

—Bien, vamos a ponernos en marcha. Voy a hablar con nuestro estimado pollo que amablemente nos ha traído. Tú sigue con los preparativos.

—Sí, Freyja. —Helen se acercó a Ronta, que la miraba extrañado sin comprender nada.

—¿Ronta? —dijo Helen sonriendo, mientras miraba al enorme ser que tenía frente a sí.

—Soy el que así llaman —respondió mecánicamente con el saludo clásico de los Lauklars.

—¿Tu nave tiene acceso a datos universales sobre vuestra especie, supongo?

—Así es. Cada computadora contiene una base de información de la documentación general de las especies conocidas, y de la Enciclopedia Galáctica. ¿Qué estáis haciendo con esas consolas? ¿De dónde han salido? ¿Cómo habéis puesto en funcionamiento todos los sistemas y bloqueado las comunicaciones?

—Demasiadas preguntas —contestó Helen mientras accedía a la computadora del transbordador de Ronta, levantándose sobre sus pies—. Tengo demasiadas cosas que hacer ahora. Pero no te preocupes, ahora mismo estoy contigo...

—¿Vas a decirme al menos qué estáis haciendo con esos paneles, humana?

– Estas bases de datos de tu nave servirán como soporte inicial de información general para situarnos
– comentó Helen ignorando la pregunta, y mientras accedía fácilmente a la computadora del transbordador de Ronta. Éste observó cómo la humana llamada Helen podía romper todos los protocolos de seguridad de su nave, algo imposible para una especie tan primitiva. Luego Helen salió del transbordador, le miró directamente, y dijo:

– Ronta, amigo mío, eres un gran piloto y un buen chico, además de un espectacular miembro de tu especie. Pero ahora, lo que estás viendo te condena. Como solían decir en mis tiempos, “no puede haber testigos”.

Sin entender todavía lo que estaba pasando, Ronta dio un paso atrás de forma reflexiva, sólo para girar la vista y ver a tres humanos con unos extraños objetos en las manos. Ronta tardó unos instantes en comprender que, probablemente, eran armas de algún tipo. De nuevo, de dónde habían salido esas armas era un completo misterio. Él sabía que toda el área había sido minuciosamente examinada por los especialistas. Si había armas, las tenían que haber detectado inmediatamente. Si existían sistemas ocultos, como los terminales que estaban operando los humanos, tendrían que haber sido vistos, aunque estuviesen perfectamente escondidos. Sin embargo, por alguna razón, esto no había sido así. O bien un sistema de ocultación muy avanzado había mantenido en secreto parte de los sistemas del laboratorio, o bien la explicación era muy diferente

de lo que las apariencias mostraban. Por no hablar de la facilidad con la que habían accedido a su computadora. Ronta trató de activar de nuevo su comunicador integrado para hablar con sus superiores. Y en un rápido giro, alzó fuertemente las alas provocando lo que para los humanos era un huracán a pequeña escala. Aprovechó los momentos de confusión para alzar el vuelo y salir a gran velocidad de la zona. Estaba a salvo. O eso parecía.

—Tenemos que irnos —afirmó Karl.

—Y eso haremos —respondió Helen—. Pero quiero ese pájaro. —Scott dio instrucciones a dos mujeres para que le acompañaran.

Pasados unos instantes, salieron a la superficie. Una de las mujeres que acompañaba a Scott portaba un dispositivo manual, que operaba a través de una pequeña consola portátil. Señaló a un punto, y vieron aparecer un gigantesco agujero en el cielo. Era algo similar a un túnel que emanaba una luz rojo-violeta y cuyos bordes eran como lenguas de fuego, pero no ardían. De ese agujero gigantesco abierto en el mismo tejido de lo que mucho tiempo atrás fue un cielo azul, fue surgiendo lentamente una nave de gran tamaño. Una nave negra como el azabache, y de un aspecto claramente triangular, como una gran flecha. En la parte anterior, justo en la punta, disponía de tres estructuras en forma de extensiones gigantes alargadas, una dirigiéndose a la zona

superior, y dos orientadas a la parte inferior, en un ángulo de quince grados sobre la vertical. La nave portaba un símbolo compuesto de tres octógonos rodeando un cubo, y tenía unas dimensiones de tres kilómetros de longitud. Se acercó rápidamente a la zona donde se encontraban los humanos, claramente controlada por la humana que mantenía la pequeña consola de control en sus manos. La nave quedó estacionada a unos seiscientos metros de altura, mientras una pequeña nave auxiliar, una lanzadera de transporte, surgía de su interior, dirigiéndose a tierra.

Helen y dos humanos más entraron en la lanzadera, que se elevó y desapareció en el horizonte. Esbozó una sonrisa tras sentarse frente al asiento de mando. Todo estaba intacto, casi nuevo. Mientras, la nave principal triangular fue ocupada por los demás mediante una segunda lanzadera. Se dirigieron a distintas zonas de la nave, como si la conociesen perfectamente.

—Vamos tras Ronta —ordenó Helen desde la lanzadera. A diferencia de la nave, la lanzadera era blanca y con amplios escudos transparentes que permitían observar el interior.

La lanzadera localizó a Ronta volando a gran altura. Su intercomunicador estaba todavía bloqueado, probablemente a causa de algún sistema desconocido de la nave humana, si es que esa nave

era humana. De pronto, la lanzadera humana desapareció. Ronta se sorprendió. ¿A dónde había ido esa lanzadera humana? Justo en ese momento, la lanzadera reapareció cerca de Ronta, a gran altura. Le seguía mientras él trataba de escapar, pero era evidente que su esfuerzo era inútil. Solo una nave LauKlar podría ayudarlo, pero la comunicación seguía cortada. Helen, para su sorpresa, se comunicó mentalmente con él.

—Ronta, soy Helen.

—Lo sé —respondió Ronta tratando todavía de escapar instintivamente, mientras la lanzadera y él volaban en paralelo a gran altura—. Puedes hablar con la mente. Nos has engañado. —Helen ignoró el comentario.

—No quiero hacerte daño —dijo Helen en tono conciliador—. Pero no puedo dejarte marchar. Quiero conocer tu especie con detalle. Tu especie tal como es ahora. Ven con nosotros, y te aseguro que no te haremos ningún daño. Serás nuestro invitado.

—Hace un momento intentasteis matarme.

—Es cierto. Y fue un error. Necesitaremos unos días para prepararnos.

—¿Prepararos? ¿Para qué?

—No importa para qué. Mi gente te iba a disparar porque saben que no debes avisar a nadie. Pero hubiese sido un error. Nos eres mucho más útil vivo y en nuestra nave. Los tuyos se preocuparán por ti y

tu desaparición, está claro, y casi respirarán aliviados por el hecho de que hayamos desaparecido nosotros. Pero más allá de la investigación que inicien para localizarte, no considerarán ninguna posibilidad que sea peligrosa para nosotros. Cuando comprendan la verdad, será demasiado tarde.

—¿Qué verdad?

—Que hemos vuelto. Y que somos el heraldo de vuestra destrucción, y del fin de vuestra civilización. Somos el Fenrir desatado de la cuerda que nos ha mantenido en silencio, y que abre sus fauces. Tú, Ronta, eres testigo: estás presenciando el inicio del fin de tu especie...

La lanzadera de Helen se movía suavemente a unos metros de Ronta, mientras ambos volaban cerca de la frontera con el espacio, donde el oxígeno es mínimo. Los LauKlars pueden volar a grandes alturas y con muy poco oxígeno durante un tiempo, gracias a su capacidad mental, aunque luego requieren de un tiempo considerable para reponerse. Mientras hablaba, Helen se había puesto un traje espacial, y salió de la lanzadera. Su segundo, Scott, que había subido con ella, se acercó al cristal para observar cómo Helen se acercaba al enorme LauKlar, mientras Ronta miraba con desconfianza. Y temor.

—¡Freyja! —gritó Scott—. ¡Vuelve! ¡Puede atacarte en cualquier momento!

—No lo hará —respondió Helen—. Esta especie no se comporta así. No ahora. —Helen volvió a dirigirse a Ronta.

—Ronta, quiero insistir: ven con nosotros. Míralo desde este punto de vista: podrás aprender mucho de nosotros, y nosotros de ti. Tendremos que prepararte una cabina en nuestra nave para meter ese cuerpo impresionante, pero nos adaptaremos. Además, no tenemos otra alternativa. Para serte sincera, es tu única oportunidad. Pero no quiero hacerte daño.

—Amenazas a mi especie, y dices que no me harás daño.

—Puede haber una esperanza mínima de supervivencia para algunos de vosotros, Ronta. Pero será sólo en unas condiciones muy concretas. Condiciones que estableceremos nosotros, naturalmente.

—Podría atacarte yo ahora.

—No lo creo. Tengo en la muñeca un arma personal. Un rayo de antimateria desde nuestra nave podría ser detectado a esta distancia por tus naves. Pero mi arma personal, que tengo aquí, hará el trabajo sin problemas. Por eso me he visto obligada a salir. También, para acercarme a ti, y que veas que estoy siendo totalmente sincera. Tú podrías intentar matarme ahora, es cierto, y no lo vas a hacer. Yo tampoco a ti, siempre que vengas con nosotros.

—En mi civilización el secuestro es algo del pasado. Hace miles de años que dejamos de lado la violencia y el castigo. Disponemos de armas y de capacidad de combate, pero limitada a la autodefensa. Pero os combatiremos, si es necesario. Una sola nave con un puñado de humanos no es ningún peligro para mi pueblo. Sois vosotros los que debéis entregaros. Y se os tratará con respeto. — Helen sonrió.

—Ya veo que es imposible dialogar contigo. No entiendes nada de lo que digo. Y no tienes ni idea, ni tú ni tu especie, del futuro que os espera. Estás muy, muy equivocado, Ronta. Pero, me temo, no podrás ser testigo de los hechos. Como decían en mi época, la resistencia es fútil. O te sometes, o no tendrás ninguna oportunidad.

—¿Oportunidad? ¿Con un arma apuntándome, qué oportunidades tengo?

—Solo una: venir con nosotros.

—No sé qué ha hecho Deblar despertándoos después de tantos años. Pero el Alto Consejo os detendrá. No tenéis ninguna oportunidad.

—Ya veremos —respondió fríamente Helen, mientras levantaba el arma.

Lo último que vieron los amarillos ojos de Ronta fue una línea azul dirigiéndose hacia él, y desintegrando su cuerpo molécula a molécula. Tras unos segundos, solo quedó un rastro de un humo

azul y algunos restos de cenizas en el débil viento de la vieja atmósfera del planeta.

Helen entró de nuevo en la lanzadera, y se quitó rápidamente el traje. En ese momento, llegó una comunicación desde el planeta.

— ¿Helen? Soy Karl.

— Adelante Karl, soy Helen. Qué ocurre.

— ¿Has conseguido capturar al piloto?

— No ha sido posible. Se negaba a entrar en la nave, y debemos dejar la zona ya. Tuve que acabar con él.

— No importa.

— ¿Ah, no?

— No. Tengo aquí otro pajarraco de estos. Activamos los escáneres de la nave y lo detectamos escondido en una sala interior.

— ¿Sí? ¿Y de dónde ha salido?

— No lo sé. Parece que siguió la lanzadera de Ronta un poco más tarde de que saliéramos de la nave de los LauKlars. Vino en otra lanzadera monoplaça. Es joven. Al parecer es el hijo del jefe de la expedición que nos encontró. Se llama Nahr. — Helen sonrió.

— ¿Está dispuesto a venir con nosotros?

—No tiene el entrenamiento, la convicción, o la vejez suficientes para decir que no. Así que creo que, a pesar de todo, tenemos nuestro pájaro en la jaula.

—Estupendo. Hemos de seguir con el plan, y no debemos retrasarnos más. Los acumuladores no están más que al 20% y somos vulnerables en este momento.

—Está bien, os esperamos.

Helen volvió a la sala de mando de la gigantesca nave negra. Mientras se dirigía al hangar con la lanzadera, activó un sistema de comunicación para que pudiera ser oída por toda la tripulación de la negra nave humana.

—Hola a todos. Soy Helen. Hemos esperado mucho para este momento. Fue arriesgado. Nunca supimos cómo iban a evolucionar los hechos. Sabíamos que nos jugábamos mucho. Pero ha salido bien, tal y como habíamos previsto. Ahora ha llegado el momento de terminar lo que comenzamos. La frase “lo que es imposible en un año, es inevitable en un millón de años”, cobra más sentido ahora que nunca. Hemos hecho que lo imposible sea inevitable. Ahora ha llegado el momento de continuar adelante. Hemos vuelto. Y, esta vez, será diferente. Muchas gracias a todos por estar ahí en los momentos difíciles. Ahora, después de tanto tiempo, ha llegado nuestro momento. La galaxia será humana, o no será.

Estad atentos, trabajad duro, y no tendremos nada que temer, y sí mucho que ganar. Ah sí... Scott, consígueme esas copias que tenías por ahí de Sheryl Crow, por favor. Hace eones que no escucho música... Fin de la conexión.

La gigantesca nave negra aterrizó en el área devastada cercana al laboratorio Xarwen, y un temeroso Nahr subió a una de las pocas salas que permitían alojarle, en la zona de carga, escoltado por cuatro humanos armados. Su padre iba a preocuparse, y mucho. ¿Por qué tendría que haber sido tan curioso? Sin embargo, algo le decía que, al fin y al cabo, seguía vivo, de momento. Y aprovecharía cualquier oportunidad. “No te metas en problemas” le decía su padre a menudo. Sin duda, ahora estaba metido en un buen problema...

Enciclopedia Galáctica: la Era del Caos.

La Era del Caos es el sobrenombre con el que fue conocida la que oficialmente se denomina Era Karni, y concretamente, según referencian los historiadores, el periodo Karni-Mat. Fue un periodo de enorme tensión en la sociedad LauKlar, y, por extensión, en toda la Galaxia y las miles de especies que la pueblan. Por primera vez, y sin que hubiese prácticamente ningún referente anterior en los archivos históricos de las más antiguas civilizaciones, la posibilidad de una guerra total y una aniquilación

completa de la vida en la Galaxia era un factor posible y a tener en cuenta.

Los hechos se remontan al inicio de la segunda fase de la Era Karni-Mat, cuando los LauKlars, no se sabe muy bien por qué motivo, iniciaron una investigación, aparentemente sin importancia, que puso en marcha una maquinaria de guerra implacable bajo el control de una especie que se creía extinguida. El inicio en sí se recuerda por el nombre de Neivaark T-893, por la primera nave que tuvo contacto con unas desconocidas naves de una extraña configuración triangular, negras y con un extraño símbolo en sus superficies ...

Nota del editor: esta entrada dispone de nueva información obtenida recientemente que debe ser actualizada en breve. Por favor adjunte su perfil neuronal si quiere recibir información cuando se produzca la modificación. Si usted pertenece a una especie que no dispone de capacidad de lectura mental, puede inscribirse a la lista de actualizaciones textuales.

La Primera Amenaza.

Neivaark T-893 era el nombre de la nave ciudad LauKlar que se desplazaba por lo que hacía millones de años había sido conocido como el cinturón de Orión. Ahora ese grupo de estrellas hacía tiempo se había disgregado, y estrellas antiguas se desplazaban por la zona con su corte de planetas, varios de ellos con vida, y varios de ellos poblados por grupos de LauKlars y otras especies. Todos esos planetas LauKlars tenían pequeñas poblaciones, debido a la filosofía de permitir que los planetas se desarrollen conforme a sus principios naturales, sin actuaciones externas. Por eso T-893, conocida entre sus habitantes como Neivaark (cielo blanco en la lengua LauKlar), estaba, como muchas otras naves, completamente poblada. Y era, en todos los sentidos, su hogar. Cuando una nave tiene cien kilómetros de longitud y quince de altura, y grandes áreas son zonas inmensas de vuelo, pobladas por naturaleza viva, la mente puede sentir que está, en su totalidad, en un mundo. Un mundo que es un hogar viajando por las estrellas. Como un planeta, pero artificial.

Por eso, cuando los sensores de la nave detectaron tres objetos de algo más de un kilómetro moviéndose hacia ellos, no hubo una preocupación inmediata. Llamó la atención que esas naves no habían sido vistas con los sensores de largo alcance, algo

inexplicable. Casi parecía que hubieran surgido de la nada. Algo, naturalmente, imposible. Tampoco podían estar dotadas de un sistema de ocultamiento. Los sensores de las naves LauKlar eran capaces de detectar hasta la más pequeña distorsión del espacio-tiempo provocado por la masa de unas naves de ese tamaño.

El Gestor, responsable de la navegación, fijó la pantalla en las naves. Eran negras, completamente opacas, con algunas ventanas luminosas en sus extremos. Y con tres octógonos rodeando un cubo en su centro. Una de ellas tenía dibujada una extraña imagen de un depredador antiguo. Las naves se acercaban a velocidades hiperlumínicas. No había constancia de ese tipo de naves en la base de datos. Y no respondían a las llamadas estándar de aviso.

El procedimiento estándar ante una situación así es activar los sistemas de defensa. Los LauKlars solían practicar actividades de defensa de combate, aunque muchos nunca llegarían a ver un solo disparo real, ni tampoco sus padres o abuelos, hijos o nietos. Pero, en este caso, esas naves no respondían a la llamada, y se movían en un rumbo de intercepción. Así que, para sorpresa de todos, se activaron las alarmas de combate.

Las naves negras se acercaron a dos años luz de distancia, y, de repente, desaparecieron. La confusión se hizo evidente entre los LauKlars. Sencillamente, habían desaparecido de los sensores. ¿Dónde estaban esas naves?

Comprobaron los instrumentos. Todos operaban dentro de la normalidad. Las naves humanas, simplemente, y tras una nueva verificación, habían desaparecido, sin dejar rastro... Solo para aparecer de nuevo a sesenta mil kilómetros. Seguían moviéndose, aparentemente, a la misma velocidad. ¿Cómo habían recorrido esa distancia en un instante? Ningún motor hiperlumínico era capaz de algo así. Algo muy peligroso comenzaba a tomar forma.

Las naves negras se aproximaron. De pronto, de cada una de ellas surgió una luz blancoazulada, un haz intensísimo con una energía que los LauKlar no podían medir. Los tres haces de luz convergieron en un punto delante de la nave central, y un nuevo haz de luz se dirigió hacia la Neivaark...

El impacto fue terrible. Los escudos de energía de la Neivaark apenas aguantaron la potente fuente de energía, y una parte llegó al casco, perforando varias cubiertas. Los LauKlars dispararon todo el arsenal de armas de energía, plasma y antimateria, pero las naves negras desaparecían justo antes del impacto,

volviendo a aparecer después. Conseguir un blanco parecía un asunto imposible. Cada posibilidad de impacto fracasaba una y otra vez.

Los LauKlars comenzaron a huir desesperados, mientras el capitán de la Neivaark trataba de virar la nave y aumentar la velocidad, colocando el área donde el escudo era más fuerte hacia las naves negras. Estas se seguían aproximando, y lanzaron un segundo grupo de haces, en esta ocasión por separado, entrando por las zonas más débiles del escudo. Dos de los tres haces abrieron enormes agujeros en la Neivaark, y los LauKlars de esa zona comenzaron a verse despresurizados y lanzados al vacío. Eran muchos los que irremisiblemente sufrían la fuerza de la descompresión de la nave. Una muerte fría y cruel que dejó muchos miles de cuerpos flotando a lo largo del casco.

Las naves negras lanzaron un tercer rayo concentrado. Este impactó de nuevo en la nave, en la zona de motores, provocando una explosión en cadena. La Neivaark comenzó a desintegrarse. Poco antes de morir, el capitán mandó un mensaje de auxilio, y un fichero con información del suceso, que llegó a una base LauKlar situada a unos años luz.

La Neivaark quedó a la deriva, herida de muerte. Algunas naves de escape fueron destruidas, pero

otras pudieron sobrevivir. O quizás simplemente no llamaron la atención. O, quizás, se deseaba que sobreviviesen algunos testigos...

Después, el vacío. La oscuridad. Las tres naves desaparecieron. Fue el primer contacto con esas naves negras. No sería el último.

Reencuentros.

La nave estelar Neretva era una variante mejorada de las naves estelares de la clase Leena, construida poco antes de terminar la Era Anterior. Junto con la Fenrir, eran bastante más rápidas y ágiles en espacio estándar, y de un mayor rango. Esta era la segunda nave recuperada tras la propia Fenrir, al mando de Vasyl Pavlov.

Ahora, la Neretva era el cuartel general temporal de Helen, mientras su propia nave era recuperada y puesta a punto, junto a su tripulación. Todo era provisional en aquella sala donde se había habilitado una mesa, una terminal de computadora, y una máquina de café, junto a un viejo tocadiscos que se había podido recuperar de un almacén. Un viejo LP de vinilo daba vueltas a 33 revoluciones por minuto a través de un vetusto sistema analógico de almacenamiento de información, emanando algo de música de un tal Steve Hackett.

Helen se encontraba detrás de la vieja mesa. Una antigua mesa con un aspecto que imitaba la madera de nogal. Estaba sentada, o casi se podría decir que extendida, sobre una desvencijada silla estándar de cuatro patas, que una vez tuvieron ruedas. La silla gravitatoria que debía ocupar ese puesto requería unos ajustes, y no se encontraba operativa. En el

sórdido silencio de la estancia, intensificado por el gran ventanal que mostraba las pocas estrellas del borde de la Galaxia, Helen miraba el giro constante del disco, con los ojos perdidos en recuerdos de un tiempo que hacía demasiado había dejado de existir.

Un doble golpe en la puerta la sacó del éxtasis en el que se encontraba. La señal de audio de la misma tampoco funcionaba.

—¡Adelante! —gritó sin convicción. Una mujer asomó la cabeza, entró, cerró la puerta, y se dirigió hacia la mesa. Su tez era más bien morena, y su figura delgada y menuda, no muy alta. De ojos grandes y oscuros, tenía el pelo recogido en un moño clásico. Observó unos instantes a Helen antes de hablar.

—Señora, me ha llamado... —Helen giró la cabeza, y sonrió amablemente.

—¡Yolande Le Brun! mi estimada Le Brun, cómo me alegro de verte sana y salva. Tienes buen aspecto.

—Gracias, señora. Los regeneradores de ADN están plenamente operativos. He tenido suerte.

—¿Suerte? Sin duda. Poder contar contigo en esta nueva Era es una gran ventaja para todos.

—Gracias, señora.

—No seas modesta, Le Brun. Te has ganado el respeto y la admiración de todos. Y de verdad que

estás muy bien. A mí, sin embargo, mira qué cara me han dejado esos pollos gigantes... —Helen se tocó la cara con ambas manos—. Estoy horrible, parezco un monstruo.

—La señora no parece un monstruo —negó Le Brun—. Tiene buen aspecto. Pero, si me lo permite, debería animarse un poco. —Helen arqueó las cejas levemente.

—¿Animarme, Le Brun? ¿Por qué? ¿Hay algún motivo en especial para ello? ¿Te das cuenta de dónde estamos? ¿Y, sobre todo, de cómo estamos?

—Bueno... Yo creo que sí... Para empezar, estamos vivos, gracias a Dios. Y a la fortuna. —Helen se levantó de la silla y suspiró.

—Dios no tiene nada que ver en esto, Le Brun. Y la fortuna, bueno... Ya lo has visto.

—¿Ver el qué, señora?

—El tiempo. El tiempo que ha pasado aquí. En este universo. Tres mil millones de años...

—Sí, señora. Pero estamos aquí, ahora. Las posibilidades de sobrevivir eran...

—Escasas, sí —cortó Helen—. Y ni rastro de los Xarwen. A saber qué pasó con ellos. Hay que revisar detalladamente las bases de datos que hemos robado, y ver qué información contienen. Ahora estamos solos, Le Brun. Completamente solos. Un puñado de humanos perdidos en un universo que vio el fin de la humanidad hace una eternidad de tiempo. Más de lo que tardó la vida en nacer y

evolucionar hasta el ser humano en la Tierra. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Ya no va a ser como en la Era Anterior. Esta vez las cosas se van a poner realmente difíciles.

—Señora, si me lo permite: lucharemos. Como hicimos antes.

—¿Luchar? Sin duda. Pero ¿contra qué luchamos?

—Pues... Contra los LauKlars, señora.

—Sí, sí, está claro, los LauKlars... Pero ¿Qué LauKlars, Le Brun? Estos no son los que dejamos en el pasado. Han cambiado. Son distintos. Parecen... Más confiados. Incluso pacíficos.

—No me creo ese pacifismo que parecen tener, señora.

—Por supuesto. Pero han caído en la trampa, y ahora somos libres. Podrían habernos destrozado, y no lo han hecho. Me pregunto por qué.

—Tiene que haber una razón muy poderosa, señora. Y eso me preocupa.

—Estoy totalmente de acuerdo, Le Brun.

—Acabaremos con ellos de todas formas, señora. De un modo u otro.

—Bueno, esa es la idea. Les llevamos una ventaja primordial. Se someterán, o desaparecerán.

—Sí, señora.

—¿Qué se sabe de los procesos para la recuperación del personal y material? ¿Sabes algo de Pavlov?

– La recuperación va bien, según lo establecido. Pavlov está con la Fenrir.

– ¿Has hablado con él?

– Sí, señora.

– ¿Y qué te ha dicho?

– ¿Aparte de un montón de expresiones y calificativos obscenos y completamente irrepetibles, señora? – Helen rió.

– Sí, ya me lo imagino. Aparte de eso... Kim ¿dónde estás? – gritó Helen por el intercomunicador.

– Estoy ayudando al ingeniero jefe para reiniciar todos los sistemas y el motor principal, señora – contestó Kim, el ayudante personal de Helen, a través del auricular integrado en el oído.

– Tráeme una botella de agua cuando puedas. El sistema hídrico de la nave todavía no está operativo. ¿Hay algo que funcione en esta lata?

– Me encargaré de ello enseguida, señora. Y debe comer algo. – confirmó Kim.

– ¡Claro, Kim, una gran idea! ¡Comer algo, por supuesto!... Y, si es posible, que sea pollo, y no esa basura de nutrientes.

– Me alegra ver que la señora está recuperando el sentido del humor – contestó Kim a través del comunicador.

–No tengas tantas esperanzas, Kim –respondió Helen cortando la comunicación. Luego se dirigió de nuevo a Le Brun.

–¿Dónde estábamos? –preguntó Helen desorientada.

–Estábamos con el hombre capaz de acabar con la paciencia de cualquier ser humano, señora –contestó Le Brun con convicción.

–¡Ah sí, Pavlov! No tuve oportunidad de hablar con él muy a menudo. Siempre estaba salvando el trasero de alguien con la Fenrir. Le debemos mucho. Fue uno de los artífices del, bueno, tú lo llamarías “milagro”.

–Fue un milagro, señora. Pero la señora fue la artífice principal.

–Bueno, lo llamemos como lo llamemos, aquello sirvió para salvar la piel. No me voy a quejar por ello, Le Brun. Puede que Pavlov tenga métodos expeditivos y directos para hacer las cosas, pero son métodos sin duda eficaces.

–De eso no cabe ninguna duda, señora. –Helen miró de reojo a Le Brun.

–Creo que hay algo más que orgullo en tus palabras cuando hablas de Pavlov, Le Brun. –Le Brun se estremeció levemente.

–Señora, no me fijaría en un hombre así aunque fuese el último en el universo.

–¿No? ¿Estás segura de eso?

—No, no estoy segura, señora. Y mentir no me va a servir de nada. —Helen asintió sonriente.

—Bueno, vamos a dejar eso ahora. Transmítele dos órdenes. La primera: que no abra demasiado las líneas. Quiero que ataque y destruya varias naves LauKlars más antes del contacto con ese... Presidente que tienen. Que haga todo el daño posible. Pero que vigile cualquier acción sospechosa de los LauKlars, y, sobre todo, que no arriesgue las naves por nada del mundo. Tenemos que estar agrupados en estos primeros pasos. La segunda: que, por una vez en su vida, aprenda a seguir mis órdenes sin discutir las, ni mascullar, ni bramar como un elefante en estampida. ¿Se lo dejarás claro?

—Estaré encantado de hacerlo, señora. —Helen se recostó sobre la silla. Casi se hundió en ella. Suspiró profundamente.

—¿Cómo lo ves, Le Brun?

—¿El qué, señora?

—Esta locura.

—Debemos ser precavidos, señora. Tenemos una ventaja técnica. Pero...

—Eso mismo pienso yo... En fin, hay que reorganizar todo de nuevo. Yo... —La puerta sonó de nuevo.

—¡Entre! ¡Entre! —gritó Helen. La puerta se abrió levemente, y apareció el rostro de un hombre de unos treinta y tantos años, de aspecto algo dejado, con unos pantalones tejanos medio rotos, zapatillas

deportivas de un estilo cercano a finales del siglo XX, y una camisa de un viejo grupo de rock.

— ¿Se puede?

— ¿Quieres hacer el favor de pasar, Scott? Le Brun, eso es todo. Déjame aquí con el hombre de los mil misterios.

— Sí, señora. — Le Brun hizo una leve reverencia, y salió. Miró de reojo a Scott, que la miró de reojo a ella. Helen se levantó y se acercó a él.

— Creí que me libraría de ti después de tres mil millones de años metida en una botella. Pero parece que mi condena es ciertamente eterna. — Scott se mantuvo quieto, como congelado, rígido, e incapaz de mirarla. Ella prosiguió mientras se apoyaba en la mesa:

— Míralo, ahí, impávido, el hombre de hielo, el corazón distante... ¿Quieres hacer el favor de relajarte un poco? No estás ante la diosa Freyja, aunque sigáis con la manía de llamarme así. Soy Helen, no un tiranosaurio. ¡Maldita sea! Quién me mandaría a mí meterme en... — Helen balbuceó algo ininteligible mientras se tocaba la cabeza con las manos en un gesto de dolor. Luego, de pronto, se quedó quieta, se alzó, y giró sobre sí misma, a una velocidad que desafiaba toda lógica física, mientras miraba directamente a Scott.

— ¡Está bien, suéltalo ya! ¿Qué ocurre ahora, Scott?

– Debes calmarte. Por favor. Se acercan tiempos difíciles. Lo que pasamos en el pasado poco tendrá que ver con lo que vamos a vivir.

– ¿De verdad, Scott? ¿No lo ves? Estamos otra vez con lo mismo. ¿Cuántas veces tuvimos esta conversación en el pasado?

– Demasiadas veces.

– Demasiadas veces, sí... Helen se sentó en la silla. Parecía agotada.

– ¿Crees que estamos enfermos, Scott? ¿Crees que ha merecido la pena dormir durante tres mil millones de años, sólo para despertarnos con el fin de convertir los sueños de miles de especies en una pesadilla interminable? ¿Crees que, después de tanto tiempo esperando el Ragnarok, el Apocalipsis, o como quieras llamarlo, seamos, finalmente nosotros el ángel que toca la trompeta, o el Fenrir que desata su furia ante los LauKlars y miles de otras especies?

– Karl se mantuvo pensativo unos instantes. Alzó la vista levemente, miró a Helen, y contestó:

– Creo que tú eres Freyja. Tú eres la respuesta. Eres la senda que la humanidad debe recorrer. Contigo no tendremos miedo. Porque confiamos en ti. Todos. Si alguna vez fracasas tú, la humanidad habrá fracasado. Y si alguna vez triunfas tú, la humanidad habrá encontrado por fin el reposo, y un nuevo futuro.

Helen se levantó y se acercó al tocadiscos, que daba vueltas con el plato girando libremente.

Levantó el brazo de la aguja, y lo colocó en su sitio. Luego se giró lentamente, y miró con semblante oscuro a Scott:

—¿Te das cuenta, Scott, de que estáis apostando de nuevo la humanidad a una mujer que no llega a los treinta años y sin experiencia? ¿Una mujer que no fue nada en la Tierra? ¿Que sólo tuvo tiempo para perder el tiempo? ¿Por qué me hacéis esto?... Dímelo. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: porque tú eres Freyja.

—¡Maldita sea! —gritó dando un golpe a la mesa con la mano. —¡Yo no soy una diosa, Scott!

—Tú eres lo que la humanidad quiera que seas. Y ahora, ha querido que seas Freyja. Ese es tu papel. Y tendrás que aceptarlo. O ver cómo la humanidad muere, y se extingue. Y esta vez, para siempre.

—Odio todo esto, Scott. Lo odio. —Helen se acercó las manos a la cara. Un esbozo de lágrima rodaba por su rostro.

—Lo sé. Y lo entiendo. No será fácil. Todos te apoyaremos. Pero el dolor, el sufrimiento, la angustia, y el miedo, serán solo tuyos. Ese es tu destino. Desde que naciste. Y hasta que mueras.

—¿Y si nunca muero?

—Entonces, nunca habrá paz para la humanidad.

—Menudo consuelo, Scott. Al menos, te tengo a mi lado. —Scott la miró. Y ella entendió que ni siquiera ese deseo podría verse cumplido.

– Voy a tener que retirarme, Freyja.

– ¿Retirarte?

– No podré ser tu segundo en esta nueva Era. Elige a otro. Pavlov, por ejemplo.

– ¿De qué estás hablando, Scott? Tu mente y tu capacidad son vitales para el progreso de esta operación. Te necesitamos. – Scott bajó levemente los ojos.

– Lo sé, y me debo a todos. Pero lo que tengo que hacer ahora, lo debo hacer solo. Necesito una sala, un laboratorio, y mucha tranquilidad. – Helen lo miró con el ceño fruncido y la mano en la barbilla durante un momento. Finalmente, contestó:

– Siempre igual, Scott. Siempre tus misterios y tus palabras vueltas del revés... En fin, está bien. Irás a la Enterprise, o a la Charles de Gaulle. Creo que ambas naves han sido recuperadas ya, y cualquiera de las dos tiene equipamiento suficiente para cualquier clase de experimentos...

– Sí, Helen.

– ¿Ahora soy Helen?

– Para mí eres Helen. Siempre serás Helen. Pero como parte de este grupo de supervivientes, mi deber es procurar que sigas siendo Freyja hasta el final.

– Ya veo. ¿Y no vas a decirme de qué se trata? ¿Eso que tienes en mente? – Scott miró a Helen. Sus ojos temblaron levemente.

—Sólo voy a decirte que... —Scott dudó unos instantes.

—¿Qué?

—Que te iré informando de mis progresos. —Helen se recostó de nuevo sobre la mesa mientras soplaba sonoramente, y gesticulaba dando a entender una sensación de derrota.

—Está bien. Está bien. Lárgate ya. Y cuídate. Te necesitamos.

—Sí, Freyja.

—Mi nombre siempre será el de Helen. Pero haré esta pantomima. A ti y a los demás. Porque tú me lo pides, y confío en ti. Pero no esperes de mí ser una heroína Scott. No puedo hacer milagros. No pude en el pasado. Y no podré ahora.

—El milagro es contemplar cada día tu fuerza y tu perseverancia, Helen. Esa fuerza que nos anima a todos a seguir adelante.

—Estás loco, Scott. Tú, y todos, por seguirme. Pero intentaré estar a la altura. Espero que esta vez tengamos opciones...

—Scott no dijo nada. Hizo una sencilla reverencia, y salió de la sala. Helen se sentó en la silla. La computadora mostraba los datos robados a Ronta. Afortunadamente había sido fácil descifrar la base de datos LauKlar. La imagen de la pantalla tridimensional mostraba cómo se habían extendido de un lado a otro de la Galaxia. Miles y miles de mundos habitados.

—Menuda fiesta se avecina —susurró.

Heridas.

El Presidente y Narhum partieron en la nave personal del primero hacia una de las naves hospital, conocida como Laia-Mar T-97. Era una de las naves que estaban atendiendo a los heridos de los ataques humanos y sus negras naves,. Les acompañaba Mirna, una joven ingeniera que con sólo ciento veinte años tenía ya ante sí una prometedor carrera en el mundo de la física de partículas. Mirna había estado estudiando los primeros análisis de la interacción de la extraña energía que emanaba de las naves humanas con la materia común, y las conclusiones preliminares dejaban claro una cosa: aquella energía requería de un reactor con un tamaño muy superior a las naves humanas para poder generarse. Teniendo en cuenta que las naves humanas no tenían ese tamaño, la pregunta inmediata era de dónde salía tanta energía, y qué tipo exacto de energía era.

—¿Qué ha averiguado, Mirna? —preguntó Narhum mientras se aproximaban a la nave médica.

—No mucho. La descomposición del material se ha hecho a una escala subatómica, y es como si los propios gluones hubiesen dejado de actuar,

rompiendo los hadrones en pedazos. El resultado: la materia estándar bariónica se descompone. Metales, compuestos... Todo. Todo se deshace de una forma que no podemos comprender.

—Eso parece imposible —intervino El Presidente—. Una energía así requeriría de una fuente de energía tremendamente poderosa.

—Lo sé, Presidente, y las conclusiones son contradictorias. Una energía así no puede existir, pero estamos viendo sus resultados. La conclusión lógica es que la especie humana dispone de alguna tecnología que supera nuestros conocimientos y capacidades actuales. Creo que podremos llegar a entender la naturaleza exacta de la energía del rayo negro que proyectan sobre nuestras naves, pero no veo la forma en que podamos reproducir algo así a corto o medio plazo. —El Presidente movió levemente las alas, con un evidente nerviosismo.

—Entonces ¿estamos completamente indefensos ante esa barbarie de destrucción?

—Vamos a seguir trabajando, Presidente. Pero necesito investigar una mayor cantidad de material, y comparar resultados.

—¿Y Deblar dónde está? ¿Cómo ha podido permitir esto? —preguntó Narhum exaltado, aleteando las alas con impaciencia, en un gesto poco común entre los LauKlars. El Presidente contestó:

—No lo sé. Su actitud frente a este asunto es incomprensible. Sin duda ha ido mucho más lejos de sus atribuciones de lo que debía.

—Yo creo que todo se reduce al interés científico —comentó Mirna—. Ella es una gran investigadora, y es difícil resistir una oportunidad así. No es que trate de justificar sus actos, pero...

—Lo sé, lo sé —cortó El Presidente— pero la ciencia debe tener unos límites, Mirna. Durante milenios, nuestras investigaciones han progresado a un ritmo adecuado, y Deblar ya se quejó de ello en ocasiones. Pero la paciencia, y el trabajo minucioso, es la forma, la única forma de conseguir avances y éxitos sin exponer a nuestra especie, o al resto de especies, a un peligro evidente. Y ahora, en estos momentos, contemplamos las consecuencias de no adecuarse al método.

—Hablaré con ella de nuevo —afirmó Narhum.

—¿Y de qué servirá? —repuso El Presidente—. El mal ya está hecho. Ahora tendremos que actuar, y buscar soluciones. O la especie humana convertirá la Galaxia en un caos sin precedentes en los anales de nuestra historia, y en la historia de todos los pueblos que la habitan.

La nave personal del presidente se acercó a la nave hospital.

–Transporte Personal P-01 de El Presidente solicita permiso para aproximación.

–P-01, tiene permiso para atracar en el muelle 323-B.

La nave hospital LauKlar T-97 se había diseñado desde el principio para el control de enfermedades a escala planetaria. En sus setenta y tres kilómetros de envergadura, había alojado durante miles de años a diferentes especies en situaciones de pandemia graves o muy graves. Su misión consistía en auxiliar a cualquier planeta que lo requiriese, en el que se hubiese establecido una enfermedad que amenazase con la desaparición de gran parte de su población, o incluso, con la extinción de la misma. Los LauKlars se habían ganado una fama de especie milagrosa, al tratar a especies con enfermedades de todo tipo, muchas de ellas con tasas de mortalidad superiores al 80%.

Pero, en esa ocasión, no eran especies de cualquier punto de la galaxia las que estaban siendo tratadas, sino miles de víctimas LauKlars, con cientos de miles de heridos por los ataques de las negras naves humanas. LauKlars de todas las edades se arremolinaban en zonas de curas improvisadas, mientras las unidades médicas de emergencia no conseguían tratar a muchos de ellos antes de morir.

El Presidente, con Narhum y Mirna, alzaron el vuelo en una inspección ocular rápida. Mientras volaban, podían sentir perfectamente las olas mentales de dolor, que llegaban de todas partes de la nave. Un dolor de llanto y muerte que no podían soportar.

—Esto es una locura —afirmó Narhum mientras sobrevolaban las áreas cubiertas de LauKlars heridos. Algunos seres de otras especies, que se habían visto afectadas por los ataques, también eran visibles, siendo atendidos con la misma prontitud y recursos que cualquier LauKlar. Mirna intervino diciendo:

—Espero vivir para ver cómo muere hasta el último ser humano de la Galaxia, y se destruye hasta el último de los restos de esta especie maldita.

—Eso está muy bien —afirmó El Presidente—. Pero nos hacen falta medios. Su trabajo, Mirna, y el del resto de investigadores, va a ser fundamental para tratar de impedir nuevos ataques, y para preparar una contraofensiva contra las naves humanas. —Mirna añadió:

—Daremos con soluciones, Presidente, y conseguiremos que paguen por ello. Yo misma me uniré a la primera nave de guerra donde haya un puesto disponible. Combatiremos a esos humanos hasta acabar con todos ellos, o hasta expulsarlos de la Galaxia. —Narhum la miró y le preguntó:

—¿Y perder una mente como la suya en el campo de batalla? No, mi estimada Mirna. Su voluntad de venganza es noble, pero combatirá mejor a los humanos en el laboratorio.

—Así es —agregó El Presidente—. Su gesto es muy noble y le honra. Pero ahora la guerra real no está en el campo de batalla, ni en nuestras naves de combate, prácticamente inútiles ante la tecnología humana, sea cual sea la que emplean para aventajarnos de esta manera. Ahora, la guerra principal está, y presumo que estará, en los laboratorios de investigación, y en descubrir la clave de esas tecnologías humanas, cómo funcionan, y cómo podemos hacerles frente.

—Puede ser un trabajo de meses. O de años —sugirió Mirna nerviosa.

—Lo sé, lo sé —respondió El Presidente con amargura—. Pero tenemos que sobreponernos a todo esto, y hacerles frente. No existe alternativa ahora.

—Trabajaremos hasta encontrar una respuesta —afirmó Mirna con evidente agitación. El Presidente la miró con entusiasmo:

—Tranquilícese, Mirna. Admiro su fuerza, y envidio su juventud. Usted, y los que son como usted, son el futuro de nuestra especie. Me satisface ver que ese corazón fuerte y apasionado sabe ver la realidad de los hechos, y entiende la situación.

—Siempre con usted, Presidente —afirmó Mirna.

Tras finalizar el vuelo de inspección, los tres LauKlars se reunieron con el capitán de la nave, que los recibió en su zona de anidamiento.

—Es un honor recibirlos. Soy el oficial médico Kurkma, capitán de la T-97 —saludó a los tres el oficial mientras desplegaba las alas en un clásico saludo. Kurkma era el oficial de mayor rango de la nave médica.

—En otras circunstancias estaría encantado de recibir sus honores, Kurkma —contestó El Presidente—. Pero aquí, y bajo este escenario dantesco de muerte y dolor, no puedo por más que sentirme completamente compungido y abatido. Porque soy, sin ninguna duda, el responsable de esta masacre...

—Eso no es cierto —repuso Kurkma—. No podía prever algo así. Esta situación, y este escenario, eran completa y absolutamente impredecibles.

—¿Está usted seguro, Kurkma?

—Lo estoy, Presidente. Mi tripulación y yo mismo estamos con usted, y con el Alto Consejo.

De pronto, sonó una señal. Una pantalla gigantesca tridimensional apareció delante de ellos. Miles de LauKlars giraron la vista. Apareció en la pantalla un LauKlar en estado de shock. Podían observarse varias heridas en su cuerpo, y su plumaje estaba manchado de sangre. Era evidente que sólo

podía mover un ala, mientras la otra se encontraba caída en un lado y sin vida.

—¿Me escucha alguien? ¡Debo hablar inmediatamente con El Presidente! —gritó la imagen—. Soy el comandante Zamar, de la Nar-Mabiter, crucero pesado de combate en escolta de naves civiles con refugiados LauKlars y de otras especies. Identificación T-1139. ¿Dónde está el Presidente? —preguntó de nuevo con una gran angustia. Detrás se veían llamas, y varios LauKlars caídos. Algunos muertos, otros arrastrándose sobre sus alas. Otros más volando en formaciones caóticas. El Presidente intervino:

—Estoy aquí, Zamar. ¿Puede verme?

—¡Solo nos llega audio mental!

—¡No importa! ¡Informe! ¿Qué les ha ocurrido?

—¡Son los humanos, Presidente! ¡Dos naves nos atacan! Una de ellas lleva dibujada una imagen y... ¡Sí! ¡Creo que la imagen es el Fenrir, Presidente! ¡El Fenrir, de la Leyenda de Darwan! ¡Necesitamos ayuda urgente! Estamos en el sector Nar-Tirma. ¡Ayuda, por favor! ¡Nuestras armas y defensas son inútiles, se desplazan de una forma que no podemos entender, ni seguir! —El Presidente y Narhum se miraron un instante. Luego el primero contestó:

—Enviaremos naves inmediatamente. ¡Resista, Zamar! ¡Resista!

—¡No! ¡Es tarde! ¡Se mueven a una velocidad desconcertante! ¡Aparecen y desaparecen! ¿Cómo

pueden...? –El comandante Zamar nunca terminó la frase. Se escuchó una explosión. La imagen desapareció de la pantalla.

–¿Tienen alguna vista externa? –preguntó El Presidente.

–Sí, tenemos dos sondas allá –contestó Kurkma–. Podemos focalizar la zona y la nave.

Accedió a un panel cercano. La imagen de la pantalla se situó sobre la nave del comandante Zamar. La nave estaba parcialmente abierta al vacío, y varias llamaradas surgían de sus motores. De pronto, la nave estalló en pedazos, mientras una de las naves humanas cortaba limpiamente a la T-139 por la mitad.

En ese instante, varios miles de LauKlars de la nave médica que habían observado la escena, comenzaron a emitir un sonido agudo, que sería casi imperceptible al oído humano. Otros se unieron. Pronto, gran parte de los LauKlars de la nave médica se unieron a aquella expresión de dolor y sufrimiento, que sólo se emitía en momentos de gran abatimiento y desesperación.

Finalmente, toda la nave fue una. Eran una mente. Un pueblo. Un corazón. Todos, y cada uno de ellos, viviendo, y sintiendo, el sufrimiento de aquellos que habían muerto. Se unieron, miles y miles de ellos, en

una armonía de abatimiento, de rabia, y de frustración. También de angustia, frente a la muerte de aquellos LauKlars, que habían perecido delante de sus ojos, en una explosión de una potencia tal que los restos se desperdigaron a toda velocidad, y en todas direcciones. Los LauKlars unieron sus mentes, y cada uno de ellos sintió la angustia de los demás en su interior. Era un dolor que ningún LauKlar había sentido desde hacía miles y miles de años.

Finalmente, la unión cesó, y la nave quedó sumida, por un instante, en un gran silencio sepulcral. El Presidente y Narhum sintieron varias oleadas de dolor y de odio como nunca habían sentido en sus vidas, ni se había sentido en miles de generaciones LauKlars. El Presidente miró a Narhum, y le dijo:

—Debemos volver, e informar al Alto Consejo. Tenemos que actuar de alguna forma. Tenemos que encontrar una salida a esta locura. Y yo tengo que hablar con Deblar.

—Sí, Presidente.

—Y usted, Mirna, quédese aquí, y trate de averiguar todo lo que pueda sobre la composición y tecnología detrás de las armas humanas. Contamos con usted.

—¡Por supuesto, Presidente! —afirmó Mirna orgullosa.

El Presidente y Narhum dejaron la nave médica, y volvieron para comunicarse con el Alto Consejo, y transmitir la última información recibida. El oficial médico Kurkma les despidió con un gesto sencillo. Vio cómo ambos volaban hasta la nave de El Presidente, y marchaban de la nave médica. Entonces, Kurkma se volvió hacia Mirna.

— ¿Has hablado con Deblar?

— Sí — contestó Mirna —. Está informada de todo.

— Bien. Puedes marcharte.

— Pero ... — Repuso Mirna—. No creo que debamos ocultar esto ni un minuto más.

— ¿Qué dices?

— Voy a hablar con El Presidente. Ya no aguanto más, Kurkma.

— No lo hagas. No debes hacerlo.

— ¿Por qué? Le necesitamos.

— Mirna, por favor — rogó Kurkma.

— Lo siento, Kurkma. Pero es lo que debo hacer. Voy a hablar con él. Adiós.

Mirna hizo un gesto, dispuesta a alzar el vuelo. Pero, antes de que consiguiera elevarse, un arma, controlada por Kurkma, fue disparada, y el resultado fue un impacto en el pecho de Mirna, que cayó muerta a sus pies.

—Lo siento mucho, Mirna —dijo Kurkma mirando el cuerpo de la joven ingeniera—. Yo también he hecho lo que tenía que hacer...

El General.

Doren era lo que los humanos hubieran definido como un general militar dentro de los LauKlars. Un viejo militar LauKlar con una experiencia muy limitada. Los conflictos militares eran escasos, y el poder de los LauKlars enorme. Cualquier conflicto podía resolverse de forma pacífica y ordenada, pero, en los pocos casos en donde se requiriese cierta capacidad militar, los LauKlars podían cubrir ese requerimiento con entera satisfacción. Su tecnología evolucionada militar era de por sí lo suficientemente impresionante como para impedir que otras civilizaciones intentaran cualquier aventura. Y el carácter pacífico de la especie había permitido que la Galaxia se desarrollara sin incidencias serias en una prolongada paz durante al menos los últimos cuatrocientos mil años, aunque sin duda la paz era mucho más duradera, salvo ocasiones muy concretas y de poca importancia.

Por eso, cuando el viejo general recibió la noticia de que un joven piloto llamado Ronta había sido asesinado en el planeta originario de la especie, que habían raptado a otro LauKlar, y una semanas más tarde, que varias naves LauKlar, una de ellas la Neivaark, habían sucumbido rápidamente frente a la aparición de tres extrañas naves negras con tres octógonos rodeando un cubo dibujados en su

superficie, no pudo por menos que perturbarse. ¿Cómo era posible? ¿De dónde habían salido esas naves, qué poder tenían, y por qué habían destruido sus naves sin provocación? ¿Qué medidas se iban a tomar para evitar posibles nuevos ataques? ¿Y qué le iba a decir al Presidente, que probablemente estaría ya esperando oír su respuesta?

La Gran Sala Blanca enmudeció ante la llegada del Presidente. Sólo Narhum permaneció impasible, mientras la sala se llenaba de pensamientos de angustia ante las noticias que iban llegando.

Semanas atrás, Deblar había realizado un trabajo de ingeniería orgánica sobre un grupo de humanos en un laboratorio Xarwen, cuyos datos se encontraban en un viejo sistema bioinformático. No había nada más. Esos humanos habían vuelto al laboratorio Xarwen y, de algún modo, habían reactivado un sistema que debía forzosamente hallarse más allá de cualquier capacidad de volver a ser operativo. Por otro lado, naves negras con extraños símbolos desconocidos atacaban en diferentes puntos de la Galaxia, de forma aleatoria y, aparentemente, sin que hubiese ninguna capacidad de defensa real contra ellas. Ninguna nave LauKlar había sobrevivido hasta ahora. Sólo los datos que transmitían de auxilio y los informes del desastre, además de algunos grupos de supervivientes a los que, aparentemente, se les permitía seguir con vida.

Luego, todo era estática. Estática, y un mensaje codificado de altísima importancia, recibido por un canal de alta prioridad.

El Consejero Narhum comenzó a hablar, dirigiéndose al Presidente y a todos los presentes. Estaban allí Kirak y Deblar, llamados para declarar como principales precursores de aquellos hechos terribles. Él, como testigo. Ella, como sospechosa de haber provocado un desastre. Kirak parecía preocupado. Deblar, indiferente.

—Presidente —dijo el Consejero Narhum — Estamos aquí para hablar del origen de esta situación de emergencia, y de los hechos que han llevado a esta crisis. Sin embargo, antes de gestionar este tema, debo informar de que hemos recibido recientemente un mensaje de alta prioridad en la banda de Alta Prioridad. Un mensaje codificado que sólo podía descifrarse mediante una clave Xarwen. La doctora Deblar fue la que comprendió que los símbolos eran Xarwen, y ha sido capaz de decodificar y recuperar el mensaje. Ahora tenemos una transcripción completa del mensaje.

—Esta bien, actívelo y proyéctelo —dijo el Presidente con voz fría. La sala se oscureció levemente, y una imagen tridimensional de la humana Helen apareció en pantalla. Su mirada no

era, ni mucho menos, la que recordaban de aquella hembra humana que vieron el primer día, sumisa y asustada. La proyección grabada comenzó a hablar.

—Mis queridos pájaros —comenzó con un claro tono burlón, aunque muchos no entendieron bien lo que quería decir con “pájaros”. Lo que iban a oír cambiaría sus vidas para siempre.

“Ha pasado mucho tiempo. Demasiado quizás. Hemos dormido, almacenados como biodatos, en una antigua pero muy sofisticada computadora Xarwen. Siempre supimos que nuestras posibilidades de supervivencia eran limitadas. Pero nunca imaginamos que pudieran pasar tantos miles de años hasta nuestro renacimiento. Lo que ha ocurrido, fue previsto hace más de tres mil millones de años. Lo que habéis iniciado, fue planeado por nosotros en aquel tiempo. Por qué conseguimos acceder a los sistemas Xarwen, y cómo terminamos como un grupo de datos en sus biomemorias, dentro de un laboratorio automantenido y protegido del tiempo exterior, es algo que ahora no importa ni interesa explicar. Al menos, no en este momento, y menos a unos pájaros algo crecidos en tamaño y en arrogancia. Solo os diré que, si comprobáis la metalurgia de los sistemas, os veréis sorprendidos...”

—¿qué indica el análisis metalúrgico de esos restos Xarwen? —preguntó mentalmente el Presidente—. Aproximadamente dos mil años desde que fueron

instalados y puestos en marcha –respondió Kirak–. ¿Cómo es posible? ¿Cómo pudieron esos humanos mantenerse escondidos en material que tiene dos mil años de antigüedad, si han pasado tres mil millones de años?... –La voz de Helen continuó hablando.

“De dónde han salido nuestras naves que tanto os asustan es algo que naturalmente no vamos tampoco a comentar. Lo importante es que nuestra tecnología nos permite el viaje interestelar, y lo que es más importante, nuestro armamento es inmensamente más poderoso que el mejor que podáis disponer. Hemos confirmado esto con vuestras bases de datos militares y por vuestra Enciclopedia Galáctica. Muy entretenida por cierto. Y, por lo visto en esa Enciclopedia Galáctica, nuestra tarea va a ser más sencilla de lo que creíamos.” –Una opresión mental crecía en la Gran Sala Blanca ante las palabras de un peligro real e incalculable que tomaba forma con cada hora que pasaba... La grabación continuó hablando:

“La especie humana tiene el derecho y el deber de gobernar la Galaxia. Así ha sido, y así será siempre. Intentaron arrebatarnos ese derecho, pero fracasaron. Intentaron sojuzgarnos, pero fracasaron. Sí, consiguieron nuestro exterminio casi total. Pero fracasaron. La prueba viva y palpable de que fracasaron somos nosotros, y nuestra presencia aquí, y ahora. De aquello aprendimos que no debe de

haber piedad ni ningún tipo de racionalización de la vida y de la materia. Que la moral y los escrúpulos solo sirven a los débiles. Aprendimos que sólo sobrevive el más fuerte, y que el más fuerte somete al más débil. Aprendimos que la democracia, que la libertad, que la justicia, tienen tantas formas como individuos y sociedades que las crean y las gestionan, y que son un impedimento en el devenir de la Galaxia.

Sin embargo, no negamos cierta forma de justicia. Por supuesto, justicia humana. Nosotros vamos a crear nuestra forma de justicia, y de libertad. Estarán basadas en el dominio absoluto de la humanidad frente a cualquier otra especie, empezando por vosotros por supuesto. Y también en el control de los recursos de la Galaxia. El sometimiento será completo, o no habrá nada que someter. Porque no habrá nada a ser sometido. Cualquier resistencia será inmediatamente sofocada con la destrucción completa de los mundos que se opongan. Cualquier planeta y cualquier especie que se niegue a someterse, serán borrada de la Galaxia de forma completa y para siempre. No habrá segundas oportunidades para nadie. Os daremos una oportunidad de sobrevivir. Sólo una. Si os sometéis rápidamente y con total obediencia.

“Puede que parezca una actitud cruel. No lo es. Simplemente, hemos demostrado ser mejores, ser

superiores, ser más aptos para controlar y dominar la Galaxia. Se intentó nuestro exterminio. Pero prevalecimos. Sobrevivimos. Nuestra tecnología es mejor, nuestras armas son mejores, nuestra estrategia es mejor. Hemos nacido para gobernar, pero no porque queramos imponer algún tipo de dictadura. Las dictaduras las imponen quienes por su naturaleza no deberían gobernar. No es nuestro caso. Nosotros somos los herederos de la Galaxia. Simplemente, porque es lo mejor para todas las especies que la pueblan. Con nosotros, toda esa parafernalia de sociedades supuestamente libres conocerán una nueva forma de libertad y de justicia: la que nosotros aplicaremos a todos y cada uno de los individuos de todos y cada uno de los habitantes de cada mundo de la Galaxia. En realidad, somos libertadores. Venimos a ofrecer un universo de posibilidades infinitamente mejor que el actual. Podéis, si queréis, sentir os afortunados por ello. Y podéis someteros de forma libre y pacífica. O podéis morir. Es vuestra elección”.

“Pero vamos a centrarnos. Lo importante aquí es que hemos comenzado nuestra labor, hace tanto tiempo prevista y planificada. Y no pararemos hasta el final. Solo dos respuestas a vuestras preguntas: la primera ¿por qué? Porque la especie humana lo merece. Tenemos nuestros motivos, como he explicado, y quizás, con el tiempo, podáis conocer nuestra historia. Qué nos motiva. Por qué estamos aquí. Cómo comenzó todo. Y cómo queremos

proseguir. Y no es solo por el ansia de conquista. Eso sería demasiado básico para una especie con nuestro poder. La segunda respuesta a la segunda pregunta, es algo que ya he comentado, y que remarcaré ahora: una rendición incondicional. Solo eso podrá salvar vuestra especie, y al resto de especies de la Galaxia”.

“No queremos aparecer como monstruos ante vosotros. No lo somos. Si lo fuésemos, con el poder que tenemos en nuestras manos, podríamos arrasara vuestra civilización, de un lado al otro de la Galaxia, en pocos años. Queremos sin embargo una paz larga y próspera donde la humanidad y los LauKlars y otras especies puedan desarrollarse sin rencores y sin dolor. Lo único que exigimos es el sometimiento de vuestras leyes y costumbres a nuestras normas, que serán, podéis estar seguros, justas y equitativas. No queremos crear un dolor innecesario donde puede haber paz y tranquilidad para todos. Por eso, os animamos, desde ahora, a aceptar nuestras condiciones. Todo será más sencillo y fácil. Además, la alternativa es vuestra aniquilación. No tenéis opciones. Es mejor, por lo tanto, aceptar nuestra oferta. Será mejor para vosotros, y mejor para nosotros”.

“Habéis visto lo que nuestras naves pueden hacer. En este momento cientos de nuevas naves humanas están siendo preparadas, y sus tripulaciones están siendo embarcadas, para comenzar la misión que se

les requiera. De dónde han salido no importa de momento. Están ahí, y harán lo que sea necesario para llevar a cabo nuestro propósito. Seguirán mis órdenes hasta el final. Y espero que esas órdenes no tengan que ser malas noticias para vuestra supervivencia”.

“Como los antiguos Vanir de un antiguo mito humano, hemos vuelto para reclamar lo que es nuestro. Lo que nos corresponde por nuestro pasado, y por ser los herederos del futuro de la Galaxia. Y, como los Vanir, el fuego y el caos se adueñarán de aquellos mundos que quieran oponer resistencia. Vuestra es la decisión”...

“Ah, sí, una última cosa... Tengo como invitado a uno de vuestra especie, que se hace llamar Nahr. No os preocupéis, no le haremos daño. Nuestra demostración de fuerza ha terminado. Por ahora. Y siempre supeditando el futuro a la rendición incondicional”.

“Pensadlo con calma, y, en el momento adecuado, nos pondremos en contacto con vosotros. No habrá más ataques por ahora. Pero recordad: sólo habrá una oportunidad para la paz. Si la desperdiciáis, la guerra será masiva, y total. Y llegará hasta el último confín de la Galaxia”.

“Los LauKlars sois una especie poderosa e interesante. He estado revisando en vuestras enciclopedias todos vuestros logros. Son magníficos. Pero se perderán en el tiempo, y seréis solo un recuerdo, o una leyenda, si no hacéis lo que ordenamos”.

“Fin de la transmisión. Corto y cierro”.

La sala quedó en completo silencio. Sólo una nube de confusión y frustración mental recorrían el espacio de la nave. Entre todos los estados mentales opresivos, una esperanza aparecía marcada en la mente de Kirak; al menos Nahr seguía vivo. Él iba a procurar por todos los medios que esa situación se mantuviese así hasta su liberación. O esos humanos tendrían que pagar un alto precio si dañaban a su hijo...

Enciclopedia Galáctica: la Leyenda de Darwan.

... Pocos son los mitos que resisten al paso del tiempo de los LauKlars. Tras miles de años de historia habiendo abandonado antiguas creencias irracionales, los mitos y los ritos de sus antepasados se habían ido perdiendo en el tiempo. Aunque algunos textos guardaban fragmentos de las antiguas costumbres rituales de los LauKlars, una de

las historias clásicas preferidas por muchos se centraba en el mito de la Leyenda de Darwan.

En ese mito, se explica que los LauKlars, muchos millones de años atrás, habían coexistido con una especie desconocida e indeterminada de la Galaxia. Ambas especies habían controlado la Galaxia por igual, a veces de forma pacífica, y a veces en periodos de guerra cruenta y dura, donde cada una intentó imponer su superioridad a la otra. En ese tiempo se descubrió una extraña y desconocida tecnología relacionada con la manipulación artificial de universos variables, un concepto que podría convertir a una especie en algo similar a un dios, pero que también podría destruir la misma estructura de la Galaxia, y también de todo el universo.

Quiénes eran esa otra especie y por qué los LauKlars convivieron con ellos es algo desconocido. Sí se sabe que de aquella parte de la historia antigua, muy fragmentada, ya no quedaban sino retales de textos, principalmente en forma de cuentos infantiles y mitos. Los LauKlars nunca dieron mucha credibilidad a aquellas narraciones de luchas y héroes, y la inmensa mayoría sólo conocía las narraciones infantiles. Hasta que, en un momento dado, apareció la especie humana. La pregunta obvia que se hicieron los LauKlars fue: “¿eran esos humanos la otra especie de la que hablaba la Leyenda de Darwan?”.

Durante unos instantes, hubo un completo silencio en la Gran Sala Blanca. Solo leves chasquidos de pensamientos de los presentes rompían el vacío sepulcral que llenaba los corazones de los LauKlars.

—¿De qué hablaba esa humana? —preguntó con dureza el Presidente.

—No lo sé —contestó el Consejero Narhum sin poder salir de su asombro por lo que acababa de oír—. Parece que esto es mucho más grave que unos cuantos ataques inexplicables. Si esa hembra humana tiene razón, y ese poder que tienen se confirma como imposible de contrarrestar, vamos a tener muchos problemas.

—¿Qué hace mi hijo allá? —cortó Kirak—. ¿Dónde y cómo lo secuestraron? Me dijo que iba a viajar a Laconta para ver unos restos arqueológicos, pero está con esos humanos... —Kirak no salía de su sorpresa. Su hijo estaba secuestrado por esos seres solo levemente conscientes...

—Según parece —comentó un LauKlar —se le vio en un transporte viajando hacia el planeta. Al parecer iba solo. No se le dio más importancia en ese momento, por eso no se informó. Naturalmente si hubiésemos sabido que había desaparecido ...

—No... No es problema de nadie... Solo a mí atañe la responsabilidad de su secuestro. Soy su

padre, y el responsable de su seguridad. Nahr, mi hijo, siempre con ese espíritu de investigarlo todo, probablemente estaba más interesado en los humanos de lo que me dijo. No eran ningún peligro aparente, se supone que son criaturas sólo un grado por encima de la conciencia mínima, y no había ningún control especial. Repito pues, la responsabilidad es solo mía.

—No te culpes —comentó el Presidente—. La responsabilidad de lo que ha sucedido es de esos humanos, única y exclusivamente. Creo que, de algún modo y de forma involuntaria, hemos activado un plan preparado por esos seres desde hacía millones de años, y ahora se han convertido en una amenaza total. Aparentemente sus naves y sus armas son muy superiores a las nuestras. Lo que me pregunto es: cómo es posible que estemos tan abrumadoramente indefensos ante una especie extinguida tan primitiva, que tuvo un nivel tecnológico de desarrollo muy inferior al de muchas otras especies. —El viejo general Doren respondió:

—Presidente, hemos analizado los pocos datos tácticos que hemos podido recuperar de los ataques humanos, y aparentemente disponen de la capacidad de aparecer y desaparecer delante de nuestros ojos. Esto, y unas armas que deberían ser potentes pero no tanto como para destruir nuestras naves, son las que les permiten a los humanos su superioridad. Esas armas no deberían infligir tantos daños, pero de algún modo atraviesan nuestras defensas sin problemas. Y luego desaparecen.

— ¿Me está hablando de sistemas de ocultación de sus naves?

— No, Presidente. No es tan sencillo. Un sistema de ocultación es inútil con nuestra tecnología. Las naves humanas van un paso más allá. Estamos investigando cómo proceden, cómo actúan, cuál es su tecnología. De momento, tanto su sistema de transporte como su armamento están fuera de nuestra comprensión. Pero vamos a seguir trabajando con los mejores científicos.

— Efectivamente, naves, en plural —remarcó Kirak—. Estos seres dispusieron para su huida de una nave. Ahora parece haber más, y más humanos tripulando esas naves. ¿De dónde han salido, naves y humanos?

— No lo sabemos por ahora —respondió el general—. Pero es evidente que formaba parte de su plan. De algún modo tenían esas naves preparadas y ocultas. En cuanto al resto de humanos, es posible que existiesen otros laboratorios como el que encontramos, dispuestos para ser reabiertos, y los seres humanos en su interior regenerados.

— Bien, hay que ponerse en marcha —replicó el Presidente—. Son demasiadas las preguntas sin contestar. Y aparentemente este es un peligro que amenaza a nuestra especie, y también al resto de especies de la Galaxia. General, quiero que el Primer Grupo Especial de Investigación deje todo lo que esté haciendo, repito, todo, y se ponga a estudiar inmediatamente la capacidad de los humanos para

aventajarnos de esta manera. Deberán apoyar al equipo científico de investigación para averiguar cuánto antes cómo funciona la tecnología de los humanos, tanto su transporte como armamento, y de este modo poder contrarrestarla.

–Sí, Presidente –confirmó el general Doren.

–Kirak, quiero que vuelva al planeta y desmonte pieza a pieza esas biocomputadoras y toda la tecnología asociada, y trate de averiguar cualquier cosa que nos pueda ser útil. Dirigirá un equipo multidisciplinario, en el que estará implicado el Segundo Grupo Especial. Enviaremos expertos en biotecnología para apoyarle en los aspectos tecnológicos que sean necesarios. Pero puede que la clave esté en el tiempo, en la historia, en el pasado del que ellos hablan, y en esas menciones a su sometimiento. Es decir, qué ocurrió y por qué tomaron las decisiones que tomaron. Aprender de su pasado puede ser la clave para nuestro futuro, y ahí eres el más capaz. –Kirak asintió al modo LauKlar

–Deblar, su responsabilidad en todo esto no puede ser olvidada. Ha iniciado todo esto, y deberá responder por ello. Pero no hay tiempo ahora para buscar inocentes o culpables. Ahora necesitamos trabajar juntos. Se ocupará del estudio del comportamiento humano, analizará sus actos, sus voces, toda la información que tenemos grabada de ellos, e intentará buscar patrones de conducta que nos permitan prever sus motivaciones pasadas, presentes y futuras... En marcha, y buscad

soluciones. Me temo que este asunto puede convertirse, si no lo es ya, en la crisis más grande de nuestra historia. —Deblar también asintió. Haría todo lo ordenado por el Presidente. Pero llegaría mucho más lejos. Todo lo lejos que fuese necesario, para parar a ese grupo cada vez mayor de mamíferos. El plan estaba trazado. Y el Destino jugaba a su favor.

Finalmente, los tres LauKlars asintieron, levantaron las alas en el clásico saludo de despedida, y alzaron el vuelo. Era el primer día de una nueva Era. Y debían tratar de que fuese lo más corta posible. Todos ellos hubiesen tenido un nudo en la garganta, si hubiesen tenido cuerdas vocales en la garganta. Pero por motivos muy diferenciados.

La noticia de los ataques humanos, y la amenaza que suponían, se extendió a toda velocidad por la Galaxia. Si los LauKlars, que eran sin duda la especie más poderosa, no podían parar a esos humanos, difícil era imaginar qué podría. Pero había una esperanza: todas las especies sabían de la tenacidad, el poder, y la fuerza de los LauKlars para hacerse cargo de problemas de todo tipo de naturaleza. La pregunta era si, por primera vez, un conflicto a gran escala iba a superarles. Someterse a los designios de los humanos era impensable. Pero tratar de detenerlos sin los medios adecuados para

contrarrestar su tecnología era un suicidio colectivo de todas las especies.

La Gran Sala Blanca se despejó. Y al fin, Narhum se acercó al Presidente, y le comentó:

—Presidente: no les ha dicho nada del Descubrimiento. Ese que, si se confirma, indicará que la Leyenda de Darwan es cierta. Y, si es cierta, podría ser la respuesta que estamos buscando. —El Presidente pareció sentirse ligeramente incómodo.

—Es mejor que no lo sepan, al menos, no por ahora. Recuerda, mi querido Narhum: si el concepto de universo variable artificial es cierto, si el control del átomo del espacio y del tiempo puede ser controlado, y si ese control está en manos de estos seres, vamos a enfrentarnos al mayor desafío de nuestra especie en toda su historia. Debe continuarse el trabajo, pero, por el momento, en el más absoluto de los secretos.

—Pero se supone que algo así tiene una probabilidad infinita de colapsar por sí mismo. Va contra todas las leyes de la naturaleza.

—Es cierto, pero no podemos descartar nada. Hay que investigarlo. Y hay que hacerlo ya. Pero toda la información relacionada con la Leyenda de Darwan debe ser mantenida en el más absoluto de los secretos. Si la Galaxia llegase simplemente a conocer los aspectos que recientemente se han descubierto

sobre aquellos hechos y aquellos tiempos, la cuestión de la humanidad sería en comparación un mero pasatiempo.

– Así se hará – contestó Narhum.

– Vete ya, mi viejo consejero. Los próximos tiempos van a poner a prueba a nuestro pueblo y a la Galaxia. Puede que nunca volvamos a ser lo que fuimos. Es nuestro deber que, cualesquiera que sean las circunstancias, esos seres humanos sean detenidos. Y lo serán. Esa es mi solemne promesa.

Narhum alzó el vuelo, y el Presidente vio cómo se alejaba por el enorme espacio de la Gran Sala Blanca hacia su destino. Y el destino de todos estaba moldeándose en todo momento. Si todo fallaba, si los humanos no podían ser detenidos, sería el fin de la historia de los LauKlars. Y de toda la Galaxia. Una sola especie dominaría a todas. Como, al parecer, y según la Leyenda de Darwan, una vez había ocurrido. Una sola especie... ¿Qué especie? ¿Cómo lo consiguió? ¿Eran humanos? ¿O se trataba de otra especie, quizás alguna ya extinguida? ¿Qué relación tenía con los humanos recién recuperados de las biocomputadoras Xarwen?

La leyenda Darwan podía ser la clave. Claro que toda esa información, fragmentada y rota, después de millones de años, se había convertido en leyenda.

Tenían que investigar, tenían que llegar al fondo. Porque, quizás, sólo quizás, en el pasado estaba escrita la respuesta. Otra guerra habría de celebrarse, lejos de los combates entre naves humanas y del resto de especies. Esa otra guerra podría ser la clave para ganar la guerra militar. El conocimiento del pasado podría contener la solución para el futuro.

El Presidente pulsó un botón, y una imagen tridimensional de Helen apareció. La miró con desdén, pero también con preocupación. Desde ese momento, dedicaría toda su vida a parar a ese ser y a su especie. Lo haría. Y la historia daría cuenta de ello. Deblar apareció, sacando de los pensamientos al Presidente.

– Presidente.

– ¿Qué sucede?

– Supongo que le preocupa el asunto de la Leyenda Darwan.

– Así es. ¿Qué sabe usted de eso? Se supone que sólo el Alto Consejo conoce los detalles. – Deblar extrajo un instrumento que quedó flotando en el aire. Del mismo surgió una imagen de la Galaxia. En la misma aparecía una inmensa zona azul marcada con el símbolo de tres octógonos rodeando un cubo. Y otra zona roja, con una marca que el Presidente reconoció enseguida.

– ¿Qué galaxia es esa?

– Es nuestra galaxia.

– No reconozco esa configuración.

– Porque esta es la Galaxia con la estructura que tenía en el pasado, hace aproximadamente tres mil millones de años. La leyenda se cataloga en ese periodo.

– ¿Y de dónde ha obtenido esa información? –
Deblar ignoró la pregunta y continuó:

– La leyenda de Darwan es la clave.

– ¿Qué sabe de la leyenda?

– Sé que debemos estar preparados.

– Entonces ya lo sabe todo.

– Debe venir conmigo.

– A dónde, ¿al planeta?

– No. A Sol 6-1. Los humanos lo llamaban Titán. Es una luna del sexto planeta de este sistema estelar. Fue una explotación minera de hidrocarburos en la época de la humanidad.

– ¿Qué sucede en Titán?

– Ahí, puede que estén todas las respuestas. Recuerde el discurso de la humana. Se refirió a los Vanir.

– Fue una figura retórica.

– Sí. Es una figura retórica. Pero también es una clave. Una clave que abre una puerta. Y esa puerta lleva al mayor secreto de la Galaxia...

Epílogo: Ragnarok.

Enciclopedia Galáctica: Kleoron, la partícula fundamental, o Partícula Primordial.

Para muchas especies, incluidos los LauKlars, mucho había costado entender que la gravedad no era un campo como los demás, ni tampoco una distorsión del espacio-tiempo, aunque pudiera explicarse en esos términos.

De hecho, los LauKlars solían trazar una gruesa línea entre las especies inteligentes que llegaban a comprender la verdadera naturaleza de la gravedad como una de las variantes de las fuerzas básicas del universo, de las que forman parte la que fue conocida por los humanos como "energía oscura", y su expresión local, la "materia oscura". Los secretos completos de estas formas de materia y energía, verdaderas precursoras del universo, y de las cuales la materia bariónica sólo consiste en la parte no expresada del Big Bang, nunca fueron conocidos por la especie humana antes de extinguirse, lo que había provocado su clasificación de ingeniería como de nivel 1, el más básico. Los tres campos clásicos para los humanos, electromagnetismo, nuclear fuerte, y nuclear débil, eran a su vez un mismo campo que se expresa de distinta forma según la medida. El campo gravitatorio era uno de los tres restantes formando el segundo grupo clasificatorio. Y por encima de todos ellos se encontraba la partícula fundamental, conocida por los Lauklars como "Kleoron",

de la que emanan el resto. El Kleoron, junto con su antipartícula, son las que dan origen a la materia bariónica, a la energía oscura y a la materia oscura, y la que permite el viaje interestelar mediante la interacción universo antiuniverso...

Los Xarwen traspasaron ese nivel claramente, pero de forma asombrosa no llegaron, al parecer, a desarrollar el viaje interestelar, una de las primeras aplicaciones prácticas de la teoría de campos Kleoron, entendiendo que el Kleoron es el precursor de la estructura del universo. Todos los demás campos y fuerzas, y lo que los humanos hubiesen llamado "materia-energía" asociadas, parten del Kleoron como base, y son variantes del mismo. El gravitón, a su vez, deriva del Kleoron, que conforma el resto de campos y masas. El Kleoron fue la partícula que inició el Big Bang, y, de hecho, toda la materia y energía, así como todos los estados intermedios, son formas concentradas de campos Kleoron con distintas expresiones. Algunos humanos teorizaron sobre esa posibilidad, pero no pudieron ir más allá en sus modelos teóricos. El Kleoron era la base que daba forma al universo, y en el universo de los Lauklars, su expresión concreta, spin, constante de estructura fina (incompleta en casi todas las especies, incluida la humana) y momento angular cuántico, había dado forma a una particular estructura que era capaz de generar y albergar vida. Otros universos no siguen el mismo destino...

La llamada.

El Presidente se aisló en una Cámara de Reflexión. En estas cámaras, los pensamientos de otros LauKlars no pueden atravesar la estructura impermeable al pensamiento de las paredes, techo y suelos. Los LauKlars suelen usar de vez en cuando esas cámaras en momentos especiales, cuando, por diversos motivos, desean recogerse en sus reflexiones sin ningún tipo de perturbación externa. Aunque raramente los LauKlars necesitan de tal aislamiento, en ocasiones es una herramienta extremadamente eficaz para ordenar sus mentes.

Por ello, cuando el Presidente notó una segunda presencia en su mente, se extrañó. Comprobó que los cierres de la cámara estaban cerrados y asegurados, y que funcionaban perfectamente. Sin embargo, esa extraña mente seguía ahí. Al cabo de unos instantes de confusión, la voz habló.

– Presidente.

– ¿Quién es? ¿Deblar?

– Por favor, Presidente, no me insultes comparándome con esa gallina gigante.

– ¡Por todas las estrellas del firmamento!...

– ¡Por todas las estrellas! ¡Blablablá! ¿Realmente sois en vuestra especie siempre tan ceremoniosos? Es

verdaderamente frustrante que, después de tanto tiempo, tengamos que vernos las caras de nuevo con los mayores pollos de la Galaxia, y que seáis un reto tan ... ¿Comestible? Lo siento, veo pollo frito cuando pienso en vosotros...

– ¡Helen!

– ¡Bingo! Veo que eres un ser de mente rápida, Presidente.

– Pero ¿cómo ha podido contactar conmigo? ¿Dónde se encuentra? ¿Y cómo ha podido atravesar el escudo...?

– Necedades, Presidente. Es la misma técnica que usamos con nuestras naves. Estamos a diez años luz de distancia, y estamos a su lado. Luego volvemos a nuestro punto de origen. Mi enlace telepático solo se produce a unos cientos de metros de distancia, usando una sonda oculta cercana a su nave. ¿No es fantástico?

– No sabemos cómo se mueven así, pero lo averiguaremos, humana. Es alguna forma de desplazamiento temporal, de eso estamos seguros.

– Claro que sí, averiguarán todo lo que se propongan, no lo pongo en duda. No vamos a subestimarles. Pero para entonces serán un pueblo sometido y esclavizado a nuestra voluntad, sin ninguna posibilidad de recuperar el terreno perdido. Además, este truquito es solo uno de los que tenemos, nuestras ventajas no son sólo tecnológicas.

—¿Por qué hacen esto? ¿A qué se debe esa obsesión de conquista? La Galaxia contiene a miles de especies inteligentes. Se ha demostrado que podemos vivir en armonía. Hay suficiente para todos, mucho más de lo que jamás podríamos necesitar como para entrar en absurdas guerras de recursos.

—¿Guerra de recursos? ¿Por quién nos toma, Presidente? ¿Crees que hemos esperado todo este tiempo para poner en marcha una “guerra de recursos? ¿Crees que nuestro objetivo es una especie de “Lebensraum”?

—No comprendo bien ese término.

—No importa. Y es evidente que sabes por qué estamos aquí, y por qué hacemos lo que hacemos. Y no es por una estúpida guerra de recursos o de espacio, o de simple dominio.

—No lo sé.

—¿No lo sabes, Presidente?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Sin embargo, conoces la Leyenda de Darwan. Sabes lo que dice. Y sabes que, durante miles de años, ha estado ahí, escondida, contada a los niños que no se comen la cena, que no se portan bien, que no hacen los deberes.

—Nuestros hijos no hacen deberes. Y no cenan. No en el sentido humano del término. Es cierto que algunas veces pueden tener actitudes que puedan enfadar a sus progenitores.

– Como ha ocurrido con Nahr.

– No se les ocurra hacerle daño.

– No vamos a hacerle daño. No estamos aquí para causar daño innecesario, solo el requerido para cubrir nuestros objetivos. Y ese pollito nos es más útil vivo que muerto. Pensaba tomarlo como mascota... Pero vamos a centrarnos. La Leyenda, en su absurda versión infantil, cuenta que, hace mucho tiempo, hubo una cruenta batalla en la Galaxia, y que, después de miles de años, llegaría una especie nueva, y se los llevaría, se llevaría a los niños malos que no se portan bien... Y así los niños aprenden a obedecer... Un cuento infantil, nada más, como el hombre del saco de mi época. ¿Verdad Presidente? Sin embargo, algunos LauKlars sabéis más sobre la Leyenda. Sabéis que no es un cuento para asustar a los niños. Y lo habéis mantenido en secreto durante miles de años...

– ¡Eso es fantasía!

– ¿Fantasía? No me hagas reír, Presidente. Sabes la verdad.

– ¿Qué verdad?

– La verdad, Presidente. La verdad. La maldita y tozuda verdad. En el fondo de tus cerebros sabes la verdad de la Leyenda, y que, de todo lo que va a suceder, vosotros sois los únicos responsables. Vuestra especie caerá, y lo más paradójico será que sois vosotros, y no nosotros, los que habéis programado vuestro propio final. Es casi cómico,

Presidente. Una especie lo suficientemente estúpida como para tener un orgullo tan grande que provoca su propia desaparición, y su conversión a esclavos. Brindaré por ello. Sin duda, un curioso epitafio para una especie que quiso jugar a ser Dios. Sí, incluso entre vosotros ocultáis una parte vital de la Leyenda. Sabéis que es un mito, sabéis que forma parte de la historia. Pero también sabéis que contiene el secreto del mayor poder del Universo...

—Os detendremos, humana. Toda esa basura no os servirá de nada. Y, la Leyenda... No es más que algo que habéis encontrado en la Enciclopedia Galáctica. No la usarás contra nosotros.

—No me hagas reír otra vez, pollo crecido. Y no intentes ponerme a prueba. En la Enciclopedia Galáctica, y lo sabes, no están los datos reales de la Leyenda; sólo el cuento infantil, convenientemente distorsionado y adaptado para que los que lo lean se conformen con lo que ahí pone. Los datos reales se encuentran codificados en la Cámara del Presidente, accesible solamente a un grupo muy reducido de Consejeros, y a algunos miembros especiales. Y, en una segunda capa aún más oculta, nuevos datos solo visibles a tus ojos y a tu mano derecha: Narhum. Los datos reales sobre la Leyenda están también en nuestra base de datos Xarwen. Y tú sabes por qué. Así que no me insultes con tu pretendida ignorancia. Podríamos haber volado tu nave en pedazos hace horas, pero formas parte de nuestro plan, y te queremos con vida. De momento. Eso no significa que vaya a permitir que intentes engañarme con tus

mentiras. Así que no vuelvas a intentarlo. A ti te necesitamos. Pero tu familia, tu pareja, tus hijos, son grandes seres, llenos de vida y futuro. Sentiría que los vieras pasar delante de la esclusa principal de tu nave desmembrados y convertidos en pulpa de pollo. Así que obedece, calla, y habla sólo cuando se te pregunte a partir de ahora. Espero que haya quedado claro.

—Ha quedado claro. Dijo que no haría daño innecesario.

—Que tu familia, y miles de familias LauKlars más, se conviertan en un objetivo necesario depende en última instancia de tu colaboración. Y de que no trates de engañarme.

—No voy a engañarla.

—Veremos. De momento, voy a hacer un esfuerzo y a creerte. Y Bien, ha sido una conversación interesante. No será la última. Y voy a dejarlo claro de nuevo. Si colaboras, no habrá muertes innecesarias. Necesitamos esclavos, no muertos. Por supuesto eso no va contigo, pero sí con los demás en general. Se os tratará bien como ya dije, pero tendrás que colaborar en todo y cuanto se te diga. ¿Has entendido?

—Sí. He entendido.

—Bien. Buen pajarito bonito. Me encantan vuestros colores. Ahora vete con los tuyos a piar un rato, y disfruta de su compañía. ¡Son tan encantadores!...

– Así lo haré.

– Adiós, Presidente. Y recuerda. Te estoy sintonizando. No lo olvides.

– No lo haré...

El Presidente salió de la Cámara de Reflexión, e inmediatamente convocó al Consejo Mayor, el grupo principal de LauKlars con acceso de mayor rango. También convocó a Deblar. Quería hablar con ella para tratar de averiguar más datos sobre la especie humana. Envió un mensaje corto. El contenido del mensaje sólo decía: “Darwan ha comenzado. Debemos ponernos en marcha.” Al momento, sintió la mente de Deblar en la suya. Era extraña. Diferente. Poderosa. Casi se estremeció cuando leyó la respuesta:

–Presidente: hace tres mil millones de años que nos pusimos en marcha...